



Universidad de Valparaíso
Facultad de Humanidades y Educación
Instituto de Filosofía

Batman y Kant: La Figura Del Superhéroe Como Modelo Moral

Tesis de grado para optar al título profesional de Profesor de Estado
y a los grados académicos de
Licenciado en Filosofía y de Licenciado en Educación

Autor

Francisco Javier Tapia Pizarro

Profesor Guía

Juan Pablo Zabaleta Figueroa

INDICE

Introducción	3
Capítulo I: Evolución del héroe al superheroe como modelo moral	8
I.1 El héroe en la antigüedad	9
I.2 La cristianización de la figura heroica en la Edad Media	11
I.3 Los héroes modernos	13
I.4 El superheroe como modelo moral	16
I.5 Batman como modelo moral	21
Capítulo II: La Moral en Batman	24
II.1 Deber y moral en Batman	26
II,2 Dilemas morales en Batman	34
II.3 ¿Por qué Batman no mata al Joker?	39
III Las series animadas como herramientas de educación moral	49
Conclusiones	61
Bibliografía	65

Introducción.

Desde que el ser humano se ha reunido en grupos sociales ha necesitado de reglas y normas para la convivencia, para determinar sus deberes entre sí y para con la sociedad. La moral es entonces el conjunto de valores, costumbres y normas que determinan la conducta del hombre y que permiten establecer si un acto es bueno o malo; si para la vida en comunidad está bien o está mal. La moral orienta nuestras acciones y determina cuales son buenas o correctas, o malas o incorrectas. Este conjunto de normas y reglas permite a la sociedad llevar una convivencia armoniosa y pacífica. Etimológicamente, la palabra moral se deriva de *mos* que significa costumbre, modo de ser y modo de vivir. Estas normas, valores y costumbres no son atemporales ya que están determinadas por la cultura y por la concepción de hombre que en su momento se tenga (Cortina & Martínez, 2001, pp. 14-15). Muchas normas morales como ‘no matar’ y ‘respetar a los demás’ son de carácter universal. Otras dependen del contexto social y de su historia cultural. Comprender, poner en práctica y tener valores éticos fundamentales como el respeto, la justicia, la virtud cívica y la ciudadanía forman parte de la educación moral que sirven al hombre para formar y moldear su idea de la responsabilidad para sí mismo y para el prójimo.

Por lo tanto, según lo que hemos observado en el párrafo anterior, podemos advertir que el sistema de creencias, prohibiciones, valores e ideales de vida que compartimos de manera tácita con los demás es lo que –en una de sus acepciones- llamamos moral (Cortina & Martínez, 2001, pp. 14-15). Aquí hay que tomar en cuenta algo muy importante: por ‘los demás’ debemos entender a aquellas personas con las que compartimos una serie de características (el idioma, el lugar geográfico, las costumbres, los valores, etc.) que ni ellos ni nosotros hemos inventado, sino que hemos heredado de generaciones anteriores. “En este uso del término, la moral es un sistema de contenidos que refleja una determinada forma de vida” (Cortina & Martínez, 2001, p. 14).

En concordancia con lo expuesto anteriormente, y a medida que interioricemos estos conceptos, podemos hablar de intuiciones morales -la percepción inmediata de que una acción es moralmente correcta o incorrecta-, que comprenden al conjunto de preceptos, normas, obligaciones o prohibiciones que tienen un efecto de coerción (limitan nuestras acciones) y nos indican lo que tenemos que hacer para mantener una adecuada convivencia con los demás. ¿Por qué? Porque siempre dependemos de una cierta perspectiva normativa y valorativa en torno a lo que creemos y hacemos, y sin ella sería imposible tener una visión coherente de nuestra vida. Cualquiera de nosotros cree que ciertas cosas son buenas o malas, aunque saberlo no implica necesariamente que actuemos en consecuencia.

Todo ello, que hemos aprendido en primera instancia de la familia y posteriormente del entorno social, constituye una suerte de identidad moral, la cual no escogemos, sino que nos es dada por el contexto cultural en el que hemos nacido. La mayoría de las personas suelen actuar de manera moral y seguir las reglas de sus respectivas sociedades, en ocasiones esto requiere que las personas sacrifiquen sus propios intereses a corto plazo para el beneficio general de la sociedad; con esto tenemos que las personas o entidades que son indiferentes a cuestiones de bien o mal sean consideradas amorales, mientras que las que se comportan malvadamente se consideran inmorales (Cortina & Martínez, 2001, p. 18).

Mientras que algunos principios morales parecen ser trascendentes en cuanto al tiempo y la historia, como la equidad, en términos generales -como ya lo hemos mencionado anteriormente- la moralidad no es estática. La moralidad describe los valores que comparten un grupo o sociedad en un punto específico de la historia. Históricamente la moralidad ha evolucionado a la par de las tradiciones religiosas, pero hoy en día su significado sigue siendo importante en las sociedades seculares. Por ejemplo, empresas y agencias gubernamentales tienen códigos de ética que sus empleados deben respetar. Entonces, mientras que el conjunto de principios que constituyen la moralidad dentro de la sociedad puede cambiar con el tiempo, es el estándar que usamos para guiar nuestro comportamiento y juzgar entre el bien y el mal.

Cuando de aprender sobre moral se trata no es suficiente acceder a un conjunto de conceptos que se imparten en clases de ética o de filosofía; también es necesario acudir a recursos que los hagan inteligibles. Por ello la figura del 'héroe' como 'prototipo moral' es un concepto interesante. No debemos olvidar que el héroe es una creación del hombre, un símbolo necesario en el que poder concentrar los valores que imperan en el sistema social. Su imagen ha sido diseñada como ejemplo, como un instrumento para sentar cátedra; un molde que constituya para la humanidad un referente poseedor de todas esas cualidades que, en un determinado momento de la historia, han de ser valoradas.

A este respecto, es interesante observar el ejemplo de Noé, uno de los más célebres héroes bíblicos. Si prestamos atención, la intención de Dios al encomendar a Noé el trabajo de la construcción del arca no es otra que la de exterminar a las personas moralmente impuras de la faz de la Tierra para, de esta forma, asegurarse de que el nuevo mundo esté habitado únicamente por seres rectos de espíritu, es decir, por personas que representen los valores de la época. Esto es, Noé es elegido para repoblar la Tierra porque de él se pretenden extraer las réplicas de lo que representa, pues era el hombre ideal, un varón justo entre sus contemporáneos. Y esa es la gran verdad del héroe clásico, éste se trata de un modelo a seguir, un prototipo que debe ser imitado si se desea alcanzar la perfección.

Los superhéroes están de moda. No hay más que ver la gran cantidad de películas dedicadas a sus aventuras. Desde las clásicas de Superman y Batman, pasando por películas que llevan a la gran pantalla a superhéroes por primera vez, como Wonder Woman, hasta películas que unen a varios superhéroes, como *Los vengadores*. La cuestión es que los superhéroes resultan atractivos. Aunque tengamos diferentes preferencias, siempre hay algún superhéroe que de alguna manera encaja con nosotros.

La cuestión es ¿por qué nos resultan tan atractivos? Una posible respuesta la encontramos en la moral de los superhéroes. Los superhéroes están -en nuestra calidad de espectadores- por encima

del bien y el mal. Los superhéroes, que son buenos, van a hacer lo posible por defender el bien, la verdad y la justicia, mientras que los villanos van a intentar que reine el mal.

¿Cómo es la moral de un superhéroe? Pensemos en Batman. A pesar de ser un superhéroe oscuro, con un pasado dudoso, Batman se sacrificaría por salvar a cualquier persona. Incluso, rechaza matar. Se conforma con castigar a los malvados usando la violencia solo cuando sea necesario. Una moral similar la encontramos en Superman, este extraterrestre con superpoderes está siempre del lado de la justicia y solo usa sus superpoderes cuando es necesario para luchar contra el mal. Podríamos seguir así con una gran lista de superhéroes como Wonder Woman, Black Panther, Thor, Spiderman, el Capitán América, la Mujer Invisible etc. Todos, con sus peculiaridades, coinciden en estar del lado de la justicia. Y, aunque tengan que sacrificar otras cosas, están dispuestos a jugarse el todo por el todo para acabar con los villanos. Su “obligación moral” es tan alta que, cada vez que sienten que alguien no cumple con sus preceptos morales, se sienten obligados a hacer algo.

Otra situación curiosa se da cuando los superhéroes tienen que elegir entre salvar a muchas personas o a una sola. Normalmente, en estas situaciones esa única persona es alguien cercano al superhéroe. Esta decisión entre salvar a alguien cercano o a mucha gente les genera una fuerte disonancia. La solución que suelen encontrar es arriesgarse por no tomar una decisión. Esto es, intentar salvar a todos sin excepción. ¿Qué haríamos nosotros en estas situaciones?

Así las cosas, el capítulo I describe la figura del héroe hasta llegar al superhéroe como objeto de estudio desde la filosofía moral. La intención es mostrar por qué el superhéroe podría ser un modelo moral digno de ser imitado que con su actuar sirve de ejemplo, pues se enfrenta a situaciones moralmente dilemáticas en las que tiene que decidir qué hacer entre cursos de acción igualmente justificables, y asimismo, ver por qué el personaje de Batman nos sirve como un ejemplo para estos fines.

El capítulo II es una aproximación teórica a los conceptos de deber y dilema moral en relación con el estudio de la moralidad del personaje de Batman. Es necesario aclarar que este capítulo sólo tiene sentido en función del análisis de contenido de Batman que representa el estudio de caso de este trabajo. Así, este capítulo presenta diferentes perspectivas filosóficas desde las que Batman podría asumir o justificar su deber moral, tomando como base las teorías de Kant, Aristóteles y del utilitarismo clásico, debido en parte a que estas tres pueden considerarse como las principales y más utilizadas cuando se realiza un análisis moral se trata, además de que –debido a lo anteriormente mencionado o por pura casualidad- al observar el comportamiento moral de varios superhéroes (incluyendo en este grupo a los llamados antihéroes, vengadores, justicieros y vigilantes) podemos encontrar que generalmente sus acciones corresponderán con alguna de estas tres.

El capítulo III se propone que el superhéroe, en tanto modelo con un juicio moral desarrollado y que enfrenta situaciones moralmente conflictivas, puede ser útil para el desarrollo de cátedras que estén centradas en la educación moral por medio del estudio de casos en los que los agentes se enfrentan a situaciones moralmente dilemáticas. No se puede desconocer que los textos literarios y audiovisuales que se puedan emplear en la enseñanza de la ética están mediados por un contenido ideológico que es necesario tener presente.

Esta tesis constituye un ejercicio de filosofía moral enmarcado en la necesidad de presentar temáticas propias de la Filosofía, en que se espera que el análisis desarrollado en sus capítulos resuelva por lo menos la pregunta sobre el modo en que los superhéroes pueden ser objeto de análisis de la filosofía moral y cómo pueden emplearse para entender mejor los conceptos de deber moral y obligación, aportando así algo nuevo a la reflexión moral y sirviendo de base a posteriores investigaciones en filosofía aplicada.

I. Evolución del héroe al superhéroe como modelo moral

Desde la Antigüedad se encuentra en el folclore la figura del héroe. Sin embargo, el concepto de heroísmo y los criterios que definen a un personaje como un héroe varían bastante dependiendo del contexto histórico y cultural. Los héroes clásicos son gente normal excepto que tienen un gran talento, a menudo poseen un atributo o cualidad que los distingue de las personas comunes, convirtiéndolos en héroes. A veces esta es una gran habilidad, pero otras veces es una cualidad de carácter, como el coraje. Es importante recordar que los héroes clásicos poseen algo que otros no tienen, pero que de otro modo son iguales en sus mundos. Los superhéroes pueden comenzar como héroes clásicos o incluso como hombres comunes que en algún momento adquieren poder que los hace "súper". Sin embargo, la mayoría de los superhéroes nacen con cualidades más allá de las humanas. Los ejemplos más conocidos serían Superman, Spiderman o Wonder Woman. ¿Qué hace que una persona sea un héroe? ¿Cuáles son algunos de los rasgos del héroe? ¿Es el heroísmo una cualidad innata o un tipo de comportamiento? ¿Qué aprendemos de los héroes clásicos? Un héroe o heroína es una persona que se diferencia del común de la gente por haber realizado alguna proeza, virtud o hazaña que se considere de valor.

El folclore heroico no es un canon fijo, sino una forma de lenguaje que se mantiene en constante movimiento y que es determinada por la suma de cada una de sus variantes, estando su estructura cimentada en una metamorfosis constante aún cuando está construido sobre la base de motivos o patrones precisos y recurrentes.

La figura del héroe ha sido utilizada desde sus inicios y a lo largo de la historia para diversos fines políticos y sociales, “en ese aspecto la figura heroica ha sido utilizada, a lo largo de la historia, ya para justificar tal o cual dominación territorial, ya para consolidar una estirpe o dinastía determinada” (Bauzá, 1998), reflejando así el carácter político-ideológico del mito en ciertas situaciones historico-políticas. Al margen del uso de difusión y/o manipulación propagandística del que haya sido objeto, o tal vez precisamente por ello, podemos señalar que lo que más se ha valorado en los héroes, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, es el móvil ético de su

accionar que se sustenta en un principio de solidaridad y justicia social, siendo ésta la razón principal por la que su figura se ha tomado como modelo digno de imitar.

Esta tradición de memoria y respeto a los héroes del pasado tuvo como resultado el nacimiento de la epopeya, primera manifestación del género literario de la épica. Estos relatos constituían narraciones extensas que detallaban las hazañas más destacadas y perdurables de una figura heroica a lo largo de su vida. Las epopeyas poseían un gran valor sociocultural pues en la mayoría de los casos actuaban como focos de orgullo e identidad para sus pueblos. A través del recuento de las hazañas se comunicaba la idea de un pasado noble digno de ser protegido y a través del protagonista se exaltaban las virtudes consideradas de más valor para la sociedad.

1. *El héroe en la Antigüedad*

El personaje del héroe se remonta hasta los albores de la tradición narrativa. El Poema de Gilgamesh nos relata las aventuras y hazañas de Gilgamesh, antiguo rey de la ciudad de Uruk en su búsqueda por la inmortalidad. Sin pretenderlo, este ancestral poema heroico sembró las bases de la narrativa épica de la Antigüedad dando inicio a muchas de sus tradiciones características que perdurarían durante siglos, como lo son las batallas contra bestias sobrenaturales, las hazañas imposibles y la intromisión, positiva o negativa, de los dioses en la vida de los mortales.

Los héroes de la Grecia y Roma antiguas eran caracterizados más por la magnitud de sus hazañas que por cualquier otro criterio. Personajes como Edipo, Perseo y Teseo alteraron la estructura sociopolítica de sus naciones al dar muerte a la esfinge, medusa y al minotauro respectivamente, criaturas y monstruos cuyas capacidades superan por mucho las de un ser humano corriente. A esto se suman ejemplos como Heracles, que literalmente modificó la faz de la tierra; Orfeo, que convenció a Hades de liberar el alma de su amada del inframundo; y Asclepio, quien era capaz de devolver la vida a los muertos. La naturaleza del héroe antiguo es reordenar el mundo a su parecer, oponiéndose a las jerarquías humanas, naturales y hasta divinas si era necesario.

Pero si las obras de estos héroes eran inmensas en escala, no opacaban en lo más mínimo a sus temperamentos. La ira de Aquiles, la soberbia de Odiseo y la pena de Orfeo son emociones legendarias y no son pocos los casos en los cuales una figura heroica pierde los estribos con efectos catastróficos para luego sentirse llena de miseria y tristeza al ver la destrucción de la que ha sido causante.

Con el punto anterior queda claro que los héroes están por encima de los humanos comunes tanto en el obrar como en el sentir. Esto no resulta tan sorprendente si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los héroes clásicos tienen en mayor o menor medida algún componente divino. Muchos de ellos son semidioses fruto de las pasiones carnales de los dioses, y aún en los casos en los que no existe una relación consanguínea con lo divino era usual para los dioses tomar partido por ellos, ayudándolos de la manera que les pareciese más apropiada.

Como punto final para caracterizar a los héroes de la antigüedad se puede señalar que su grandeza los acompañaba hasta la muerte. Los héroes perecían de maneras espectaculares que quedaban grabadas en la memoria de los pueblos. Sea el caso de Heracles consumido por las llamas, el talón de Aquiles recordándonos que nadie es realmente invencible o el cruel destino de Orfeo despedazado. La muerte de los héroes solía ser un reflejo de sus glorias y sus excesos, remarcando tanto sus virtudes como sus defectos.

Los pueblos antiguos ven a los héroes como un paso intermedio entre los seres humanos y los dioses, lo mortal y lo divino, personas que se alzan por encima de sus limitaciones y al lograrlo eran exaltadas por encima de su condición humana, convirtiendo a los héroes en los únicos mortales que podían afectar el mundo después de su muerte y en muchos lugares se les ofrecía un culto local que podía incluso superar al de ciertos dioses, dándoles ofrendas y sacrificios de gran valor.

Esta tradición de memoria y respeto a los héroes del pasado tiene como resultado el nacimiento de la epopeya, primera manifestación del género literario de la épica. Estos relatos constituyen narraciones extensas que detallan las hazañas más destacadas y perdurables de una figura heroica a lo largo de su vida. Las epopeyas poseen un gran valor sociocultural pues en la mayoría de los casos actúan como focos de orgullo e identidad para sus pueblos. A través del recuento de las hazañas se comunica la idea de un pasado noble, digno de ser protegido y a través del protagonista se exaltan las virtudes consideradas de más valor para la sociedad.

2. La cristianización de la figura heroica en la Edad Media

Con la expansión del cristianismo a través del mundo occidental cambió significativamente la percepción de las virtudes y cualidades que conformaban al heroísmo al tiempo que héroes de mitologías antiguas fueron cristianizados tras la subyugación de sus pueblos. Un ejemplo claro de esto lo podemos encontrar en los casos de personajes como Beowulf en el mito anglosajón y Sigfried en el mito germánico, que si bien aún conservan características del mal llamado “barbarismo” que caracterizaba a los héroes de la Antigüedad, estaba templado con las virtudes cristianas del sacrificio, la generosidad y el derecho divino de los gobernantes.

Sin embargo, para ver el verdadero efecto de la cristianización sobre la figura heroica es mejor observar el ejemplo de las leyendas Artúricas. El propio Arturo y sus caballeros de la mesa redonda llevan a cabo grandes hazañas similares a las de los héroes clásicos pero las leyendas pasaron a enfocarse más en el carácter virtuoso de estas gestas, enmarcándolos como protectores del reino, guardianes de la justicia y ejemplos positivos a los que aspirar. Dice bastante de este periodo que la gesta heroica por excelencia sea la búsqueda del Santo Grial, que más allá de representar riquezas o poderíos terrenales servía como metáfora para la reconciliación con la figura de Cristo.

Igualmente, la asistencia de los dioses de la Antigüedad fue sustituida por el valor cristiano de la gracia divina. Mientras un héroe luchase por una causa justa y noble la gracia de Dios estaba de su lado y le otorgaba la fuerza para superar los desafíos que se pusiesen en el camino. Por hacer una simple comparación, Perseo derrota a Medusa y libera a Andrómeda gracias a los regalos que le otorgan los dioses, mientras que la Tarasca simplemente es incapaz de oponerse a la voluntad de Santa Marta porque ella tiene la gracia de Dios. Esto marca el contraste entre el mundo antiguo, dominado por los poderes en conflicto, y la visión medieval cristiana del mundo gobernado por la omnipotencia de Dios.

Es importante mencionar también que la gracia de Dios solía traer consigo la caída de los héroes. Al igual que en la Antigüedad los héroes eran atormentados por sus temperamentos incontrolables, en la Edad Media eran traicionados por su naturaleza humana, pues nadie puede permanecer justo y noble en todo momento. Así vemos ejemplos como el amorío de Lancelot y Ginebra, que pone de cabeza a toda la mesa redonda; la arrogancia de Beowulf que lo lleva a desafiar a un dragón en su vejez e incluso el episodio en el que la espada de Arturo se rompe al atacar a un enemigo por la espalda.

El género literario de la épica también sufrió modificaciones al llegar esta nueva era dando lugar primero a las sagas y después a los cantares de gesta. Las primeras se desarrollaron en el norte de Europa y se caracterizaban por entretener la vida y obra de reyes y santos históricos con las historias distantes del pasado heroico, de tal manera que ambos relatos se reforzaran entre sí, enalteciendo personajes históricos y protegiendo el recuerdo de los mitos y leyendas populares. Los cantares de gesta, por su parte, se desarrollaron en la Europa continental y alcanzaron el punto de ser auténticos estandartes del orgullo y la identidad nacional. Este subgénero tomaba la misma estructura básica de la epopeya pero en lugar de centrarse en un solo héroe suele extenderse en las obras de un linaje entero o un conjunto de figuras a lo largo de múltiples generaciones. Debido al alto índice de analfabetismo en la Europa medieval, la mayoría de estas historias eran relatadas oralmente por juglares que las modificaban según su público o circunstancias. Sólo las consideradas más importantes fueron resguardadas por escrito. Por este motivo son pocos los cantares que sobreviven

en la actualidad y muchos están incompletos en mayor o menor grado. Los ejemplos más destacables de los cantares que han sobrevivido hasta nuestros días son el Cantar de mio Cid en España, el Cantar de los Nibelungos germánico o el Ciclo del rey Carlomagno en Francia.

Podría decirse que el aspecto más perdurable de los héroes medievales es su función como figuras moralizantes, mostrándonos con su ejemplo y sus historias la importancia de la justicia, la bondad y la virtud. Estos valores e ideales han demostrado ser bastante perdurables y adaptarse fácilmente a distintas culturas y épocas brindando a los héroes medievales un notable impacto cultural que se aprecia a nivel global aún en nuestros días.

3. *Los héroes modernos*

Por bellos y nobles que sean los ideales del héroe medieval es innegable que responden a los valores de la cultura monárquica y teocrática en la que se encuentran anidados. Cuando llegó la Ilustración, la figura del héroe tuvo que evolucionar nuevamente, distinguiéndose en gran medida de sus formas anteriores.

Desechando las implicaciones cristianas que imponían la debilidad de la carne y la importancia de la virtud y el martirio para alcanzar el heroísmo, los nuevos héroes abrazaron su esencia humana con sus triunfos y fracasos. De esta manera se volvían celebres mediante su ingenio, talento o su carácter. Sin embargo, aún guardaban para sí parte de la figura moralizante de la Edad Media. Ya no eran caballeros de brillante armadura, pero en general mantenían cierta autoridad moral y se comportaban de acuerdo a los estándares aceptables para la sociedad donde se desenvolvían.

Durante este periodo exploramos los límites de la realidad, la fantasía y la locura junto a Don Quijote; acompañamos a Phileas Fogg en su empresa de recorrer el mundo en cuarenta días; y

presenciamos cómo Sherlock Holmes ponía la observación científica y el pensamiento crítico al servicio de la investigación policial. Lo primero a tomar en cuenta en esta nueva raza de héroes es su divorcio total de la divinidad; estos son hombres y mujeres con un carácter indomable pero completamente humano, con sus limitaciones y vicisitudes. Esto, paradójicamente, los asemeja a los héroes clásicos, pues al estar libres de un benefactor sobrenatural, sus triunfos y fracasos son enteramente suyos, en contraposición a los paladines medievales que solo luchaban en nombre de Dios y la Corona.

También es importante mencionar que estos cambios en la figura del héroe no fueron monolíticos ni uniformes en manera alguna. El paso de la Edad Media a la Moderna trajo consigo una serie de cambios culturales, sociales y políticos que resultaron en una libertad de pensamiento e ideología sin precedentes que, por supuesto, afectó también a la figura del héroe dando lugar a toda clase de arquetipos heroicos nuevos. El héroe barroco, atrapado en el fondo de la celda de sus cavilaciones preguntándose si la vida es un sueño o una pesadilla; o el héroe romántico, un “Quijote” que se lanza febrilmente tras un ideal que parece solo ser visible a sus ojos. El héroe byroniano, romántico, atrapado en un conflicto consigo mismo, coquetea con la villanía y el heroísmo. Son sólo algunos de los distintos tipos de héroes que se desarrollaron durante este periodo.

En este punto de la historia da inicio la deconstrucción moderna del heroísmo -el concepto de héroe se deshace de ciertas características que hasta el momento lo han identificado o las mantiene, pero complementandolas con la adición de defectos que tradicionalmente no se asocian a su figura-. Ahora que los héroes son completamente humanos se comienza a ver una tendencia en la cual se presentan como personas excepcionales en un ámbito pero profundamente limitados o disfuncionales en sus demás facetas. Es reconocido el ejemplo de Sherlock Holmes: genio sin igual, ermitaño antisocial y adicto a la cocaína. Los héroes pasaron a desarrollar defectos acordes a sus fortalezas que los convertían en personajes más profundos y atractivos para el público, que en muchos casos pagaba para conocer sus aventuras.

En este contexto es importante la figura del antihéroe. Este es un personaje capaz de grandes logros y gestas perdurables pero que carece completamente del carácter noble, justo y glorioso que usualmente se atribuye a los héroes. En su lugar, los antihéroes suelen tener motivaciones más personales y menos altruistas como pueden ser la venganza, la codicia o la envidia. Al estar libre de las cadenas del heroísmo convencional los antihéroes son capaces de presentarse en multitud de facetas y protagonizar historias en las que un héroe convencional no daría la talla. A veces son emprendedores marcados por la tragedia como el joven Frankenstein de Mary Shelley, prodigios truncados por la envidia de terceros y dispuestos a recurrir a la venganza para lograr su añorada “justicia” como Edmond Dantés en *El Conde De Montecristo* de Alejandro Dumas, incapaces e incluso bribones dedicados a exponer las falencias de la sociedad donde se encuentran como las figuras del Lazarillo de Tormes o con la del propio don Quijote.

Fue en este periodo también cuando se dio la ficcionalización del héroe. En la Edad Antigua un antepasado que llevase a cabo hazañas podía convertirse en un héroe local y recibir el culto correspondiente después de su muerte. De igual manera, un soldado medieval podía ser reconocido por su valentía y recibir un título de nobleza con lo cual pasaba a ser reconocido como un héroe. A partir de la Ilustración los héroes pasan a ser exclusivamente el material de novelas e historias y se da por sentado que tanto los personajes como sus aventuras eran fruto de la imaginación del autor.

En los últimos cien años se han asentado muchas de las tendencias que iniciaron en la Edad Moderna. Los héroes se han convertido en parte fundamental de la empresa global del entretenimiento en películas, cómics, novelas y videojuegos. También son usados comúnmente como figuras publicitarias debido al alto nivel de reconocimiento que tienen y en general son entidades más fugaces en la memoria colectiva. Esto puede parecer contradictorio, pero hay que entender que el concepto de héroe como ya hemos dicho permanece en la cultura reflejando los ideales y virtudes de la época representados por ciertas figuras prominentes como lo sería la de Arturo Prat, reconocido como el máximo héroe naval de Chile; mientras que el resto de los soldados que lucharon junto a él en la guerra del Pacífico, pese a ser reconocidos como héroes, no son

recordados por sus nombres individuales en el colectivo chileno. Los grandes héroes nunca serán olvidados, pero los pequeños tienden a desvanecerse rápidamente de la memoria.

Si algo ha caracterizado al heroísmo en la actualidad es la diversificación. Existen héroes y antihéroes de todas las razas, géneros, procedencias y de todo el espectro moral para que cada persona elija a aquel con el que se sienta más identificado. Igualmente, abundan las reinterpretaciones de héroes de otras épocas, reimaginados según los parámetros culturales contemporáneos, dando lugar a numerosas versiones de figuras mitológicas y heroicas que se adaptan mejor o peor a los gustos del consumidor moderno.

Junto a esto, la figura del villano también ha tenido un asenso significativo. La Quimera o el león de Nemea no tenían mayor carácter que el de ser bestias peligrosas que amenazaban a la población. Los enemigos de los héroes medievales solían caer en las profundidades más oscuras del maniqueísmo y la demonización. En comparación, los villanos modernos gozan de una historia y motivaciones profundas tan desarrolladas como las del héroe al que se enfrentan y, pese al hecho de ser los malos del cuento, suelen presentar sus propias características admirables que atraen al público.

4. *El superheroe como modelo moral*

Kant, en *La Pedagogía*, asegura que la moralidad es uno de los aspectos principales de los que trata la educación práctica, ya que el carácter se funda en los niños al enseñarles “el deber que tienen que cumplir, mediante ejemplos y disposiciones” (Kant: 1987). El sujeto encargado de la enseñanza del niño se vale de ejemplos y modelos para dejar en claro a éste cuáles son los deberes que tiene consigo mismo y con los demás; no obstante, el ejemplo a destacar no es el que se puede impartir a través de una cátedra, sino el que dan los padres, hermanos, maestros, vecinos o cualquiera por medio de su conducta. Para Kant, “los padres ya educados son ejemplos, conforme a los cuales se

educan sus hijos, tomándolos por modelo” (Kant: 1987) sugiriendo esto que los padres son los primeros modelos que tienen los niños. Así podemos observar que un padre que trate a los demás con respeto y que sea un trabajador diligente servirá de ejemplo para que sus hijos incorporen en su personalidad las cualidades y virtudes de su progenitor. Por otro lado si los niños observan que su padre es perezoso y agresivo, es probable que ellos repliquen esta conducta.

La conducta, tanto positiva como negativa, de una figura de autoridad sirve de ejemplo a quien la sigue. Si un niño observa que su hermano mayor es dedicado en sus estudios o si es indisciplinado es muy probable que él imite su conducta, pues lo considera un modelo a seguir; este modelo sirve de guía particularmente en situaciones en las que el individuo tiene que poner a prueba su juicio moral. El niño no solo aprende de su hermano que estudiar es bueno, sino también que ser responsable y cumplir con el deber también lo es, siendo probable que si el hermano mayor se ve en la situación de escoger entre irse a pasar el tiempo con sus amigos o hacer la tarea, el hermano menor aprenderá que cumplir con el deber es prioritario ante el entretenimiento en el caso que el hermano mayor haya optado por realizar sus deberes, desde luego lo contrario también puede llegar ocurrir. Esta misma situación puede presentarse tanto en los héroes de otras épocas como en los superhéroes. Las personas pueden admirar al héroe por ser capaz de enfrentarse a la adversidad y a sus propios dilemas personales, esto puede llevar a los demás a imitarlo, invitando además a las personas a reflexionar sobre sus justificaciones y virtudes morales.

Remitiendonos a lo anteriormente dicho, el ‘ser héroe’ podría ser un proyecto de vida, de modo que si a quien considero un modelo actúa heroicamente puedo suponer que también yo puedo hacerlo. Si pensamos que un héroe es la persona que cumple con su deber en situaciones y contextos tan difíciles que la mayoría de los hombres no obrarían de esa manera, realizando de este modo ciertas acciones que están más allá de los límites de su deber, podríamos decir que el héroe hace suyo un deber que nadie le exige: si una persona no se ofrece a combatir el crimen no será censurado por la sociedad, sin embargo el héroe cree que debe cumplir con aquellas acciones ‘extramORALES’ que las personas comunes y corrientes no tendrían por qué cumplir. Es por ello que a través del ‘heroismo’ podemos aprender a establecer niveles de solidaridad más exigentes en nuestra

sociedad; el superhéroe nos invita a realizar actos que van más allá de nuestro deber. Esta es la razón por la cual se puede considerar al héroe y al superhéroe como ideales a imitar; de manera más clara, el concepto del héroe es lo que podemos llamar un concepto normativo: no sólo caracteriza lo que es, sino que nos ofrece un panorama de lo que debe ser, nos presenta algo a lo que aspiramos ser en nuestras vidas.

Como retrato de lo heroico, el superhéroe se convierte en un modelo moral que tanto adultos como niños pueden seguir, no solo la audiencia que ve dibujos animados, sino de todos los que encuentran en el superhéroe un motivo para querer ser mejor; un ejemplo de cómo serían las cosas si cada uno de nosotros, los humanos comunes y corrientes, nos enfrentáramos heroicamente a las adversidades que se presentan en nuestras vidas. “En este sentido, el mensaje pedagógico de estas historias sería, por lo menos a nivel de la literatura infantil, altamente aceptable, y los mismos episodios de violencia de que están sembrados varios de los episodios, tendrían una finalidad en dicha reprobación final del mal y en el triunfo de los buenos” (Eco: 1984)

Desde otro punto de vista, podríamos objetar que estas figuras puedan ser consideradas modelos morales a seguir, ya que ellos son elegidos para cumplir una misión, por lo tanto las personas comunes solo pueden observar sus proezas, no emularlas, debido al hecho de que el superhéroe dispone de habilidades o superpoderes que les permiten llevar a cabo estos actos heroicos. Pero debemos recordar que los superhéroes, así como los héroes históricos, son personas comunes y corrientes que no estaban destinadas ni se les enseñó a serlo, a diferencia del héroe de la antigüedad que tenía un destino que cumplir. Las historias de personajes como Superman, Spider-man, Flash o Batman están escritas de forma que pensemos que cualquiera de nosotros pudo haber sido uno de ellos. La mayoría de estos personajes ha obtenido sus poderes especiales por azar o a causa de accidentes -como es el caso de Spiderman, Flash o Green Lantern-; otros han nacido con dones especiales, los cuales en lugar de enseñarseles a usarlos libremente y con orgullo para mostrar su calidad de seres superiores como los semidioses griegos como Heracles han tenido que aprender a ocultarlos y manejarlos no para su uso, sino para todo lo contrario, evitando así su exposición a un mundo que podría rechazarlos -tal podría ser el caso de seres de origen extraterrestre como

Superman o los mutantes de X-men-; o bien podrían ser personas sin superpotencias que debido a ciertas circunstancias se han visto en la necesidad de utilizar sus recursos para cumplir con los quehaceres heroicos -casos de millonarios como Tony Stark (Ironman), Oliver Queen (Green Arrow) o Bruce Wayne (Batman) que hacen uso de sus fortunas para la creación de artilugios para suplir su falta de poderes o entrenan sus cuerpos al límite para lograr hazañas que pareciesen sobrehumanas-.

Lo que hace que uno pueda considerar a un superhéroe como un modelo moral es que si bien puede ser una figura admirable, en el fondo es una persona que pudo haber sido cualquiera. Además, lo atractivo de estas figuras, desde el punto de vista moral, es que sus máximas de acción se sustentan en la ley moral; al decir que un superhéroe es un modelo moral se está haciendo referencia a dos cosas: primero, que es un arquetipo o referente a imitar; segundo, que imitamos normas que guían nuestro actuar. ¿Qué nos enseña el superhéroe como ejemplo de conducta? En primer lugar -en particular Superman y Batman- a ser mejores pues, a pesar de sentir miedo, el superhéroe se enfrenta a la adversidad; en segundo lugar, subordinar sus intereses a los de los demás, se constituye en un ejemplo de sacrificio. Estas dos características las comparten los superhéroes con los héroes clásicos y de la vida cotidiana. Una tercera característica distingue al superhéroe de otros héroes y lo convierte en un modelo moral positivo: el justo uso del poder, el superhéroe tiene poderes sobrehumanos, pero debe hacer un uso regulado de ellos, muchas veces el superhéroe tiene la oportunidad de utilizar sus poderes especiales para vengarse o para liquidar al enemigo; pero ¿por qué no lo hace? La autodisciplina evita los excesos en el manejo del poder, que puede hacer tanto el bien como el mal. En lugar de quedarse en casa espiando a los vecinos con su visión de rayos x, un superhéroe decide ponerla al servicio de los demás. Este es el punto central del porqué el superhéroe puede servirnos de ejemplo a las personas comunes. Todas las personas tenemos un poder y este se manifiesta de diferentes formas. Los superhéroes gozan de las habilidades sobrehumanas, mientras que el talento o las habilidades propias de las personas ‘normales’ se constituyen en sus poderes, si bien no todos los individuos son hábiles con la aritmética, las ciencias naturales o las artes, cada uno puede gozar de una habilidad que lo destaca entre los demás.

No sólo se trata de tener un poder y/o habilidad, sino de cómo usarlo. En ese sentido los superhéroes son un modelo de cómo debe utilizarse dicho poder y/o habilidad; el superhéroe se convierte en un proyecto de vida, en ejemplo de que podemos enfrentarnos a situaciones imposibles y ser capaces de superarlas con la ayuda de nuestras habilidades. Esa es la moraleja de la figura del superhéroe. Además, el superhéroe puede mostrarnos por qué es importante cumplir con los deberes morales aun cuando esto traiga consecuencias negativas al sujeto. Batman piensa que lo correcto es evitar que el crimen se apodere de las calles de Gotham, pero sus buenas intenciones no son suficientes para que las autoridades lo consideren un héroe, sin embargo, a pesar de que muchos repudian su tarea, Bruce Wayne viste su traje de murciélago y hace lo que él piensa que es lo mejor para la ciudad. También debemos observar que los superhéroes representan y se enfrentan a cuestionamientos referentes a la condición humana, como la justicia, la necesidad del castigo, la formación de la identidad, la relación con la naturaleza, la fe, el destino, la familia, el amor, entre muchos otros. Los superhéroes, aunque cuentan con habilidades superiores a las de la gente común, se enfrentan a los mismos problemas; es más, las virtudes morales que el superhéroe pueda tener o cultivar forman parte de su carácter como ser humano y no son producto de sus habilidades ni físicas ni intelectuales.

Lo anterior lleva al superhéroe a cuestionarse la forma en que debe actuar en determinadas situaciones y a enfrentarse a dilemas como ‘¿usaré mis poderes para el bien o para el mal?’, ‘¿debo hacer uso de mis poderes para defender el bien por encima de mi propio bienestar?’. Usualmente el superhéroe elige entre lo que debe hacer, dada su condición de héroe, y su bienestar como ser humano, estados que por lo regular se contraponen. El superhéroe se debate constantemente en distintos cursos de acción, entre lo que debe hacer y lo que no. En este punto nos fijaremos en la distinción que hace Aristóteles entre acciones voluntarias e involuntarias. Las primeras son aquellas que el sujeto está en capacidad de hacer y, por tal razón, son susceptibles de alabanza o reproche; las segundas son las que se hacen por fuerza o por ignorancia (Aristóteles, *Ética nicomaquea*, 109b-1110b). Aquello que en virtud de sus poderes el superhéroe está en capacidad de hacer serían las acciones voluntarias que alaban los demás -la mayoría de veces-, pues muy pocos se pondrían sin más al servicio de los demás. Es decir, para los superhéroes, las acciones heroicas son voluntarias, pero no pueden exigirse a todas las personas porque no todos tenemos

poderes especiales ni el carácter que los distingue, diciendo esto, sería posible aprender de moralidad a partir de los superhéroes.

5. *Batman como modelo moral*

Si vemos en el superhéroe un modelo moral, un ejemplo de cómo se debe actuar, resulta adecuado fijarnos en las situaciones en las que sus cualidades morales se ponen a prueba, esto es, en los dilemas morales. En las situaciones dilemáticas el héroe está obligado a preguntarse qué es lo correcto, o mejor, qué debe hacer. Cualquiera podría pensar: ‘si este sujeto que tiene notables virtudes morales actúa de tal forma ante un dilema, quizás yo pueda hacer lo mismo’. Por esta razón, podría pensarse que las personas (en particular los niños y jóvenes) se pueden identificar con ese modelo ideal representado en los superhéroes e incorporar algunas de las lecciones aprendidas en las series animadas. Y dentro del universo de las series animadas uno de los héroes que más destaca, tanto por las apasionantes aventuras en las que se ve involucrado, como por sus virtudes morales y su actuar frente a situaciones dilemáticas es Batman. Si bien el personaje creado por Bob Kane y Bill Finger en 1939 carece de potencias sobrehumanas y se encuentra emparentado de forma más cercana a los llamados ‘vigilantes’ u ‘hombres misteriosos’ como los héroes del pulp como: La Sombra, El Avispón Verde o El Fantasma -en tanto todos ellos son hombres disfrazados que se valen de artilugios y capacidades físicas y mentales entrenadas al límite de lo humanamente posible-, el carácter de sus aventuras y la variopinta galería de villanos que posee -teniendo una buena porción de ellos cualidades sobrehumanas y los que no, son psicológicamente hablando verdaderos monstruos- lo sitúan contextualmente dentro del universo superheroico, conviviendo con seres ultrapoderosos y llegando a encontrarse en ‘igualdad de condiciones’ frente a éstos, compensando su falta de potencias con su ingenio, entrenamiento, artilugios y por sobre todo su increíble convicción y fuerza de voluntad. Son estos detalles los que hacen que sea más fácil para el espectador vincularse e identificarse con el personaje, ya que se trata de una persona común y corriente, alguien que a través de entrenamiento y disciplina ha logrado llevar sus aptitudes físicas al límite de lo humanamente posible, que ha cultivado su mente y ha manejado diversas disciplinas, artes y ciencias a través del estudio, todas cualidades a las que una persona común y corriente

podría aspirar y no es inverosímil el que las alcance. En retrospectiva, al tratarse de un simple mortal en un mundo de dioses con el cual el espectador se puede identificar más rápido que con seres con habilidades cuasi divinas, dicho espectador tiene más fácil el identificarse también con las situaciones dilemáticas del personaje y a través de éstas con sus cualidades morales cuando estas son puestas a prueba.

Podríamos decir que el millonario Bruce Wayne, *alter ego* de Batman, es un hombre que moralmente se ha ido construyendo a sí mismo. La trágica muerte de sus padres cuando era un niño ha terminado embarcándole en una cruzada contra el mundo del crimen y ha hecho de él un justiciero, pero no de forma instantánea. Digámoslo así: Wayne no ha pasado de ser un ser humano normal y corriente -si es que se puede considerar como ‘normal y corriente’ a un heredero multimillonario, claro está- a ser un héroe en un instante mediante una suerte de conversión, al contrario de lo que le sucede, por ejemplo, en el caso de superhéroes como Flash o Spiderman. Cuando el joven Wayne se propone dedicar su vida a preservar la ley en Gotham, todavía no es un héroe; cuando comienza a entrenar para poder desarrollar su capacidad de combate cuerpo a cuerpo contra los delincuentes de la ciudad, cuando decide utilizar sus recursos económicos para dotarse de herramientas adecuadas para su lucha (baticueva, vehículos, armamento, diversos artilugios, etc...) o cuando tiene sus primeras escaramuzas frente a criminales, podemos afirmar que ha llevado a cabo algunas acciones virtuosas o heroicas, pero él mismo aún no es un héroe. Únicamente en el momento en que, mediante la repetición de acciones de tal envergadura, éstas acaban por constituir una parte sustancial de su vida y de su carácter, podemos llamarle auténticamente ‘héroe’. Wayne no habría hecho sino ‘apropiarse’ de la virtud del heroísmo a través de la costumbre de actuar heroicamente.

Efectivamente, las virtudes no serían otra cosa que posibilidades apropiables, susceptibles de ser asimiladas dentro de nuestro carácter mediante la práctica y el hábito. Una vez adquiridas, las virtudes sedimentan sobre la personalidad dando lugar a lo que podríamos denominar una ‘segunda naturaleza’. Así, podría decirse que Bruce Wayne ha heredado un determinado temperamento (millonario, seductor, amante del lujo, caprichoso) sobre el que él mismo ha ido superponiendo,

mediante un esfuerzo y una práctica constantes, un tipo de carácter muy distinto (justiciero, valeroso, luchador contra el crimen). Toda esta construcción moral de Batman descansa en la dramática constatación de que en la sociedad existe el mal, así como de que dicho mal puede afectarnos (por ejemplo, el asesinato de los padres de Bruce Wayne), por lo que deberíamos aprestarnos a combatirlo. Todo esto puede servir de punto de partida para una introspección de la propia construcción moral de la audiencia que, como ya hemos mencionado antes, puede tener una mayor identificación con el personaje de Batman debido a su calidad de ‘humano’ que pese a las propias limitantes de su ‘humanidad’ que lo llevan a percibir su mortalidad, éste se esmera en hacer lo correcto, en enfrentar al crimen apoyándose en sus preceptos morales sin dejar que éstos se desmoronen, ya que Batman sabe que lo único que lo separa de los criminales a los cuales combate es su ‘código moral’ al cual se atañe encarecidamente, él sabe que de sucumbir a sus deseos de venganza o a sus ansias de acabar con la vida de los villanos (pese a que éste acto salvaría miles de vidas en el futuro) dejaría de ser un combatiente del crimen pasando a ser lo mismo que él juró destruir. Esta visión y aceptación de que no es nada sin un código moral que lo encamine por la senda correcta es lo que lo hace susceptible a ser nuestro candidato a ejemplo de modelo moral.

II.- La Moral en Batman.

Es evidente que la moral es un fenómeno social, pero no son tan evidentes las consecuencias que de ello puedan desprenderse. Es verdad que ningún ser humano existe solo; nadie vive completamente solo en una isla abandonada y desierta; la sola existencia de una persona supone necesariamente la existencia de otras personas de las cuales ésta procede, y por ello mismo puede uno sospechar que el comportamiento moral de una persona también supone la existencia de otras personas. Nuestro comportamiento moral, cualesquiera que sean los principios que lo rijan, parece estar determinado en sus elementos fundamentales por los intereses, los derechos y las aspiraciones de otras personas distintas de nosotros mismos. Si solamente existieran individuos particulares aislados la moral sería muy distinta a como de hecho es. La moral existe porque las distintas personas, los grupos, los pueblos etcétera, han estado, estarán y seguirán estando en conflicto de intereses. Se puede decir entonces, que la ética intenta dar respuesta o satisfacción a la necesidad humana de la convivencia. Resulta fascinante tomar como objeto de estudio de la filosofía moral al superhéroe, por ser una figura que encarna la angustia y la fragilidad de la condición humana, así como la exigencia que demanda su condición de ser humano privilegiado. Es como si un solo sujeto se preguntara sobre el correcto uso del poder, de la justicia o los límites de las obligaciones. En última instancia, como todo agente moral, el superhéroe se pregunta por cuál es la decisión que debe tomar ante una situación moralmente dilemática y en qué se sustenta el curso de acción por el que ha optado.

Este capítulo se ocupa de lo que lleva al superhéroe a asumir su deber moral y de la forma en que se enfrenta a dilemas morales, pero para ello debe primero hacerse una distinción entre los conceptos de ‘deber’ y ‘obligación’. Si bien para Kant (1996) la diferencia entre deber y obligación no es clara, para John Rawls (1999) el deber es una acción que se considera correcta o adecuada moralmente, mientras que la obligación es una acción que se debe realizar por una razón legal o social. En otras palabras, el deber es una conducta que se espera de una persona por considerarse moralmente adecuada, mientras que la obligación es una conducta que se espera de una persona porque está impuesta por una ley o una norma social. Tal es el caso de la promesa. Cuando le prometo a una persona acompañarla a un lugar determinado, mi obligación con ella está impuesta

en virtud de tal promesa. Por el contrario, según el mismo autor los deberes no presuponen un acto previo. No matar, por ejemplo, es un deber, pues no suponen el acto previo de decidir matar a alguien o no hacerlo.

Según John Simmons, aparte de la ya mencionada, existen dos características que diferencian una obligación de un deber. La primera es que la obligación es adquirida por una persona frente a otra, mientras que el deber moral se adeuda entre todas las personas (Simmons, 1979, p. 14). La segunda característica es que cada obligación adquirida genera un derecho. Si x tiene una obligación con y, y tiene el derecho a que x cumpla con dicha obligación. “Los deberes, en cambio, cuando tienen una correlación con los derechos, lo hacen con los ‘derechos reales’, es decir, los derechos que se llevan a cabo hacia todas las demás personas” (Simmons, 1979, p. 15).

El deber es una acción que se considera correcta o adecuada moralmente –hablando desde un concepto kantiano del deber-. Por lo general, se espera que una persona realice un deber porque es lo que se considera correcto o adecuado en una determinada situación. Por ejemplo, una madre puede tener el deber de cuidar de sus hijos, un ciudadano puede tener el deber de respetar las leyes de su país, y un trabajador puede tener el deber de cumplir con sus responsabilidades laborales. En general, el deber es un concepto que se relaciona con la moralidad y la ética, y se refiere a acciones que se consideran adecuadas desde ese punto de vista. Es decir, por un lado, es definido como algo que una persona hace más bien motivada por su voluntad. Detrás de un deber puede haber una obligación de corresponder o un adeudo que se ha de cumplir. Detrás de un deber puede haber motivos legales también, sin embargo, la persona con la obligación no es motivada en primer lugar por la ley, sino, como se mencionó anteriormente, por su propia voluntad. En primera instancia el que tiene el deber lo cumple por deseo propio o por sentimiento moral de obligación. Lo que para muchos puede ser una obligación, para otros será más bien un deber y viceversa. El deber de no tirar la basura en las calles. De nuevo, este depende de la moral de cada persona, pero muchas personas se abstienen de tirar su basura a la calle porque saben que no es correcto, no tanto motivados por las multas y sanciones derivadas de esta acción.

La obligación es una acción que se debe realizar por una razón legal o social. En otras palabras, es una conducta que se espera de una persona porque está impuesta por una ley o una norma social. Por ejemplo, una persona puede tener la obligación de pagar sus impuestos, de cumplir con sus obligaciones laborales, o de obedecer las leyes de su país. En general, la obligación se relaciona con el cumplimiento de una ley o de una norma social, y se refiere a acciones que se esperan de una persona por esa razón. Por otro lado, una obligación se define como una imposición o exigencia que sujeta a alguien a hacer o dejar de hacer algo. La obligación como imposición se antepone y rige la libre voluntad de una persona. Esta puede darse por acuerdo y voluntad o ser derivada de otra acción (por ejemplo, divorciarse conlleva en algunos casos la obligación de pagar pensión alimenticia). Detrás del cumplimiento de una obligación suele haber el deber legal, la persona cumple no tanto porque desee hacerlo, sino porque tiene que hacerlo. Existe cierto temor de lo que podría ser de no llegarse a cumplir cualquier obligación legal, por ejemplo, el pago de impuestos. Aunque todos sabemos que es nuestro deber como ciudadanos de un país, no es una acción que la gran mayoría lleve a cabo motivada por su voluntad, sino más bien porque conoce de los inconvenientes que no hacerlo implica.

1. Deber y moral en Batman

La mayoría de los conflictos morales a los que se enfrentan las personas en el mundo real, y Batman en su universo ficticio, podría expresarse en términos de si ‘debo hacer x’ o si ‘debo hacer y’. Estos conflictos, que no sólo se dan entre alternativas de acción, sino también entre principios, entrañan la pregunta sobre qué se debe hacer o qué es lo correcto. Un ejemplo podría ilustrar mejor este asunto: Batman se enfrenta al Sr. Frío, villano que ha estado robando componentes para construir un arma, Sr. Frío comienza a disparar su arma congelante contra Batman congelando en el proceso las piernas de uno de sus secuaces. El Sr. Frío huye con los componentes robados dejando a su secuaz a la suerte, en el momento en el que Batman se dispone a perseguir al villano el secuaz le pide ayuda a éste. Si nuestro héroe persigue al villano podría detenerlo y recuperar las piezas robadas o seguirlo hasta su escondite y luego recuperar las piezas robadas abandonando al otro delincuente a una posible muerte por hipotermia; por otro lado, si se queda a salvar al sujeto con las piernas congeladas, dejará huir al Sr. Frío, quien posiblemente complete su arma poniendo en

peligro la vida de inocentes (Timm & Dini, 1992, temp. 1, ep. 3). Este ejemplo sirve para introducir en la discusión, por un lado, cuál es la forma que toma el deber moral en Batman y, por otro, cómo se relaciona el deber con los conflictos o dilemas morales. Desde esta perspectiva, el estudio de los dilemas morales del personaje es solo una forma de aproximarse a la forma en que cualquier agente se enfrentaría a los mismos dilemas. Dicho de otra manera, a través de la figura del justiciero -con sus características especiales- es posible determinar las dificultades que debe superar un agente moral cuando se ve en la situación de elegir un curso de acción sobre otro.

Si acordamos que el héroe es aquella persona que “cumple con su deber en contextos en los que el terror, el miedo o el instinto de conservación impedirían cumplirlo a la mayoría y lo hace en ejercicio de un control anormal sobre sí mismo” (Urmson, 1985, p. 108). El héroe cumple con su deber “en contextos tan difíciles que la mayoría de los hombres no procederían así”; es más, “realiza acciones que están mucho más allá de los límites de su deber, ya sea por control del miedo natural o sin esfuerzo” (Urmson, 1985, p. 110). Lo anterior se puede aplicar al caso de los superhéroes. Desde Urmson, los contextos difíciles se refieren a las condiciones en las que cualquier persona preferiría, por ejemplo, salvar su vida antes que la de otro. Los héroes y los superhéroes pueden hacer frente a las situaciones en las cuales el pánico se apoderaría de cualquiera. Además, podría decirse que, por definición, el superhéroe hace lo que debe hacer aún cuando ello suponga el sacrificio de sus propios intereses, incluso su propia vida. Nadie más, salvo la policía quizá, es capaz de enfrentar a los sujetos más despiadados del mundo; es trabajo de la policía encargarse de perseguir y apresar a los tipos que actúan en contra de la ley, pero cuando sus esfuerzos no son suficientes, los superhéroes asumen la misión de hacer justicia. Este es el caso de Batman, quien se enfrenta constantemente a un conjunto de villanos que muchas veces tienen la legalidad a su favor. Uno de ellos es el traficante Ronald Dagget, quien se hace pasar por filántropo y empresario legal. Cuando la policía no tiene los medios para enfrentar el arsenal de Dagget será el Caballero de la Noche quien, con sus habilidades y recursos, logre darle su merecido. Así, aunque nadie le pida a Batman asumir una carga como la de capturar a un criminal peligroso, él mismo se impone el uso correcto de sus habilidades para ello.

Aquí están en juego varias cuestiones, pero para llegar a ellas es necesario definir qué es un deber y qué lo diferencia de una obligación, si es que existe alguna diferencia. En muchas de las teorías morales el deber y la obligación se emplean de manera indistinta. No obstante, mientras que el origen del deber moral no se da en un acto aceptado voluntariamente, la obligación sí. Profundicemos un poco más en este concepto. Los deberes podemos definirlos como reglas, leyes y normas que regulan nuestra convivencia en sociedad. Este será el concepto que, en términos generales, se empleará para hacer referencia al deber, desde luego, es necesario entender de qué tipo de deber se trata y cómo es asumido por Batman. Podríamos asumir que deber es aquello que me he comprometido a realizar y que otros, por tanto, pueden esperar y exigirme que realice, mientras que la obligación presupone un acto previo. Tal es el caso de la promesa: cuando le prometo a una persona acompañarla a un lugar determinado mi obligación para con ella está impuesta en virtud de tal promesa, por el contrario, los deberes no presuponen un acto previo. No matar, por ejemplo, es un deber, pues no suponen el acto previo de decidir matar a alguien o no hacerlo. Según Kant el deber es “la necesidad de una acción por respeto a la ley” (Kant, 1968, p. 400). “El conocimiento del deber compete a todos los hombres, incluso al más vulgar. No hace falta ni ciencia ni filosofía para saber qué es lo que se debe hacer para ser honrado y bueno y hasta sabio y virtuoso” (Kant, 1968, p. 404).

Usualmente, las obligaciones están vinculadas a las instituciones, ya sean culturales, sociales, políticas o económicas. Concretamente las obligaciones morales, de los superhéroes específicamente, son derivadas de relaciones interpersonales en las que unas personas adquieren compromisos con otras. Supongamos, por ejemplo, que Bruce Wayne se compromete a asistir a un show de magia de su amiga Zatana, pero en el momento mismo en que Zatana está realizando su show, Batman debe impedir el robo de un banco. En esta situación, si bien Batman puede sentir que tiene el deber de impedir el robo, la promesa que le hizo a Zatana -que funciona como una institución que relaciona a dos personas- le impone la obligación de asistir al show. Es en este sentido, y de acuerdo con Ortiz Millán:

Las obligaciones son exigencias sociales, legales o morales que establecen vínculos cuando menos entre dos personas para seguir o evitar ciertas acciones o líneas de conducta. ...

Existen diferentes tipos de obligaciones: las que se derivan de papeles específicos que tenemos en la sociedad (como ser padres o hijos); las que emanan de contratos o promesas. ... Si estoy obligado legalmente con alguien, existen mecanismos coercitivos que pueden forzarme a cumplir con mi obligación en caso de que no lo haga. Tratándose, en cambio, de las obligaciones morales, la coerción adopta la forma de la exposición del individuo a reproches de que él no ha cumplido con las reglas consideradas por el grupo social. (Ortiz, 2006, p. 152)

Ahora bien, recordemos que la obligación se establece entre una persona y otra u otras: “esto distingue las obligaciones de los deberes morales, los cuales todas las personas adeudan hacia los demás” (Simmons, 1979, p. 14). Quizá esto quiere decir que quien cumple con sus deberes morales sustenta sus máximas de acción en el imperativo categórico y decide con base en una perspectiva universal. Podemos así decir que el concepto de deber, así como el de obligación, funciona como guía para la acción. Así, ambos proporcionan opciones a partir de las cuales el agente moral debe elegir. Además, de observar que las obligaciones vienen de deberes.

Con esto en mente, ¿de dónde viene la exigencia de Batman de servir a los demás y por qué actúa conforme a un deber moral? La disposición de Batman a servir puede justificarse desde varias teorías filosóficas.

Empecemos por el utilitarismo clásico. Un superhéroe podría pensar: ‘cumpló con mi deber al examinar las consecuencias que se pueden derivar de mis actos’. Esto significaría que su deber respondería a la búsqueda del mayor beneficio para la mayor cantidad de personas. Cada vez que tenga que ejercer el acto de salvar, tendrá que preguntarse qué curso de acción beneficia a un mayor número de personas; en ese sentido, tendrá claro cuál es su deber moral. De acuerdo con el utilitarismo, se debe maximizar la felicidad en el mayor número de personas, así como minimizar el sufrimiento ya que “por principio de la utilidad se entiende el principio que aprueba o desaprueba cualquier acción, sea cual sea, según la tendencia que se considere que tenga a aumentar o disminuir la felicidad de las partes de cuyo interés se trata” (Bentham, 1991, p. 46). Podemos decir entonces que la rectitud del actuar de alguien está determinada por la cantidad de bienestar que el acto puede

producir, bienestar que está ligado a la felicidad, entendida como la conjunción entre la presencia de placer y la ausencia de dolor. En la postura utilitarista no solo se contempla el bien propio, sino también el de los demás, el deber de ayudar a los otros forma parte de la maximización de la felicidad y de la reducción del dolor.

El utilitarismo podría darle la clave al superhéroe sobre por qué debe ayudar a los demás pensando por ejemplo ‘mi ayuda puede redundar en el beneficio de muchas personas’. Jeremy Bentham (1991) señala que “la comunidad es un cuerpo ficticio, compuesto por personas individuales que se considera que lo constituyen en tanto que son sus miembros. ¿Qué es entonces el interés de la comunidad? La suma de los intereses de los diversos miembros que la componen” (p. 46). No obstante, la postura utilitarista es limitada; los superhéroes, en especial uno como Batman, no buscan su propia felicidad al brindar ayuda a los demás. En la postura utilitarista la felicidad de uno es contemplada, de igual forma, el utilitarismo no puede dar una respuesta totalmente satisfactoria cuando el agente moral -en este caso el superhéroe- se encuentra con el dilema de salvarle la vida a una persona o a otra. Tomemos de nuevo el ejemplo de Batman y el Señor Frío para ilustrar este punto: recordemos que Batman podría emplear sus batarangs y sus habilidades marciales para poder detener al Señor Frío, y así evitar el robo de componentes para su arma, pero tal acción le significaría abandonar al secuaz del Señor Frío a daños severos por congelación y una posible muerte por hipotermia. En esta situación se contraponen el bienestar individual del secuaz y el de muchas personas que pueden verse afectadas por las acciones de Señor Frío si éste logra escapar. El utilitarismo le exigiría a Batman cumplir con su deber de emplear sus habilidades tanto para detener al Señor Frío como para evitar que el secuaz muera congelado. No obstante, podríamos reconocer que el utilitarismo diría que es mejor que Batman persiga al Señor Frío, pues al apresarle podría evitar la muerte de muchas víctimas inocentes frente a la de un solo criminal.

El utilitarismo tampoco da una respuesta satisfactoria ante el siguiente caso -aquí utilizaremos a Spiderman como ejemplo para tener un contrapunto con referencia a Batman-: el Doctor Octopus, uno de los enemigos de Spiderman, tiene en su poder a un grupo de científicos. Él le propone a Spiderman raptar a Felicia Harvey y asesinarla a cambio de mantener a los científicos con vida. Felicia, además de ser la hija de la mujer que dejó sin trabajo al Doctor Octopus, es una de las

mejores amigas de Spiderman. ¿Qué debería hacer el superhéroe en esta situación? si se guiara por el utilitarismo tendría que optar por asesinar a Felicia -que en sí no representa ningún bienestar para nadie (salvo para su madre y para Spiderman)- y rescatar a los rehenes, quienes, además de representar un mayor número de personas, pueden trabajar en beneficio de la humanidad gracias a su condición de científicos. Lo anterior deja la sensación de que el utilitarismo no es suficiente para brindarle al superhéroe argumentos que justifiquen su deber moral. Es cierto que debe salvar a los inocentes, pero ¿cuál sería el precio a pagar si calculara el máximo beneficio que se puede obtener de su actuar? Puesto que el utilitarismo es insuficiente para responder a la pregunta sobre por qué el superhéroe deber ayudar a los demás, examinemos otra postura filosófica.

A partir de una ética teleológica es posible determinar la forma en que el superhéroe entiende y asume su deber moral. Veamos las herramientas conceptuales que una ética de este tipo puede ofrecer y cuáles son sus límites. Un superhéroe podría preguntarse, con base en la finalidad de la acción que está a punto de ejecutar, qué debe hacer y por qué. Si Batman decide que su deber moral es perseguir a los malhechores, tendrá que preguntarse cuál es la finalidad de ese acto, por ejemplo, conseguir que Gótica sea una ciudad más segura. También puede decidir que su actuar responde a un fin perfecto, es decir aquel que, siguiendo a Aristóteles, se busca por sí mismo y no por otro; entonces, lo que haga (o lo que debe hacer) se remitirá a la felicidad que se elige “por ella misma y nunca por otra cosa” (Arist. EN, 1097b). Aunque interpretar la ética de Aristóteles en términos de deberes y obligaciones puede resultar erróneo -ya que pone su énfasis en el estudio de las virtudes morales y no en el del deber moral-, podría decirse, desde la doctrina aristotélica, que el deber del héroe es actuar conforme a la felicidad, el fin de todos los actos y una actividad de acuerdo con la virtud. Resulta claro que el superhéroe goza de virtudes morales -entendidas en el sentido aristotélico- como la valentía, la moderación o la justicia; por tal razón, su deber moral será consecuente con ese fin último que es la felicidad.

Es importante abordar con cuidado lo que esta felicidad o *eudaimonía* significa. La perspectiva aristotélica resulta satisfactoria para justificar lo que el superhéroe tiene que hacer cuando debe elegir entre dos o más alternativas. La *eudaimonía* es un bien complejo que incluye tanto actuar de manera virtuosa como hacerse a sí mismo virtuoso, esto implica decidir de tal forma que se

ponderen los bienes de una vida, esto es, que se examinen los valores o los compromisos valorativos del agente moral. Cuando dichos compromisos entran en conflicto, el superhéroe podría emplear la *phronesis* o prudencia para decidir qué camino debe elegir (Arist. EN, 1107). Sin embargo, el reto del superhéroe, o de cualquier agente moral, es determinar cuál es la vía correcta cuando se presentan situaciones en las que no es sencillo determinar qué se debe hacer.

Una posible solución a las situaciones dilemáticas del superhéroe es que actuar en pro de la justicia y en beneficio de la humanidad es su deber, sin cuestionar el porqué. El superhéroe podría decirse: ‘cumpló con mi deber moral porque eso es lo correcto’, es decir que hace su trabajo porque cree que es correcto hacerlo y no porque crea que eso le traerá beneficios para él mismo. Esto puede parecer oscuro; quizá una aproximación a la filosofía de Kant pueda ayudarnos a esclarecerlo.

En Kant el deber y la obligación no están desligados, puesto que “el deber es la acción a la que alguien está obligado”, una vez que la acción no se oponga a la obligación y que esta se entienda como “la necesidad de una acción libre bajo un imperativo categórico de la razón” (Kant, 1996, pp. 222-223). Además, Kant sostiene que la doctrina de la obligación es la que sigue el imperativo categórico; en este orden de ideas, el deber/obligación sería el resultado de la observancia del imperativo categórico. Para saber qué acciones son obligatorias, Kant establece la noción de ley práctica. Las leyes prácticas incondicionadas (morales) indican qué tipo de acciones son exigidas (moralmente obligatorias) y “de ahí surge para ellas el concepto de un deber, cuyo cumplimiento o trasgresión está unido sin duda a un placer o desagrado de un tipo especial (el de un sentimiento moral)” (Kant, 1996, p. 221), aunque este sentimiento no puede ser tenido en cuenta como el fundamento de dichas leyes prácticas. Así, cualquier agente -en nuestro caso Batman- que se pregunte por su deber tendrá que examinar qué tipo de acciones le son exigidas y que sean de cumplimiento obligatorio.

El imperativo categórico es una ley práctica que representa una acción como objetivamente necesaria por sí misma, en una voluntad conforme a la razón; asimismo, dicho imperativo se expresa en tres formulaciones: “Obra sólo según la máxima a través de la cual puedas querer al

mismo tiempo que se convierta en una ley universal. ... Obra de tal modo que uses la humanidad tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre a la vez como fin, nunca meramente como medio. ... La voluntad de todo ser racional como una voluntad universalmente legisladora” (Kant, 1996, pp. 421-432).

Con base en lo anterior se podría evaluar el proceder de los superhéroes. Al realizar una acción con respecto a su deber como superhéroe, este puede formular una máxima de acción, algo así como ‘debo hacer uso de mis facultades como superhéroe para evitar que los villanos le hagan daño a las personas inocentes con el fin de impedir la injusticia y el sufrimiento de quienes no lo merecen, a menos que con ello ponga en riesgo la vida de más personas y la mía propia’. En un segundo momento, el superhéroe podría pensar si su máxima de acción puede adquirir un estatus de universalidad: ‘todos debemos hacer uso de nuestras facultades (en especial si somos superhéroes) para evitar que se le haga daño a las personas inocentes, a menos que con ello pongamos en riesgo la vida de más personas y la nuestra propia’; y en una formulación más contundente: ‘todos debemos hacer uso de nuestras facultades (en especial si somos superhéroes) para evitar que los villanos le hagan daño a las personas inocentes con el fin de impedir la injusticia y el sufrimiento de quienes no lo merecen como si de una ley de la naturaleza (universal y necesaria) se tratara’.

Podría afirmarse que personajes como Batman tienen, en cierto sentido, al imperativo categórico como máxima de acción; el uso que dan a sus habilidades extraordinarias responde a la pregunta de cómo sería el mundo si todos aquellos que tienen facultades sobresalientes (ya sean humanos comunes y corrientes o personas dotadas de poderes como ellos) las emplearan al servicio de los demás. Ya se ha dicho que para Kant una obligación es una acción libre que resulta del seguimiento de un imperativo categórico dictado por la razón (Kant, 1996, pp. 222-223). Esto significa que nuestro deber fundamental es actuar conforme a tal imperativo según el cual, en una de sus formulaciones, las personas no son un medio, sino un fin en sí mismo. Lo anterior sería suficiente para justificar el deber del superhéroe, sin necesidad de aludir a las posibles consecuencias de sus actos, pues se entiende que cumple con su deber moral porque así debe ser y porque actúa conforme a lo que dicta el imperativo categórico kantiano.

Así, si una acción trata a los individuos como fines en sí mismos y no meramente como medios que atienden a fines futuros y si una persona realiza una acción porque pretende seguir su deber actuando de forma que trate a las personas apropiadamente, entonces su acción es buena sin importar sus consecuencias (Robichaud, 2008, p. 185)

Considerar que los demás (y el propio superhéroe) son fines en sí mismos quiere decir que en el momento de actuar se deben considerar aquellas acciones que podrían perjudicar a todos. La cuestión radica en que si el agente, en este caso Batman, actúa conforme a un deber que sigue la ley moral, los demás pueden comprender por qué actuó así y no de otra manera. Cualquier acción ejecutada por el superhéroe, considerada por él como su deber, tiene que concordar con una ley aceptada por los demás. Lo interesante de Batman, en cuanto a su condición de superhéroe, es que aunque tiene la oportunidad de llevar una vida normal opta por ser un superhéroe. En efecto, ese es el verdadero deber moral del murciélago: no solo salvar a los buenos de los malos, sino que, al tener los medios, decide que debe convertirse en una figura que proteja a aquellos que carecen de los medios para hacerlo por sí mismos, combatir el crimen y las injusticias en nombre de quienes no pueden hacerlo, es decir, ser un superhéroe.

2. Dilemas morales en Batman

En una situación dilemática, el superhéroe -siendo nuestro caso de estudio Batman- debe escoger un curso de acción y justificarlo –No se trata de excusar sus actos con los demás, sino que se trata de una justificación interna, de persuadirse a sí mismo de que los motivos que lo llevan a actuar son los correctos. Ahora bien, lo que hace que una situación de elección sea moralmente dilemática es que los cursos de acción involucrados pueden ser igualmente justificables; la elección de un camino frente a otro deja en el agente un residuo moral, es decir, la sensación de no haber elegido el curso de acción correcto (Scanlon, 2003). Así un superhéroe puede hallar buenas razones tanto como para perdonarle la vida a un villano, como para matarlo (aunque esta situación puede resultar problemática). De igual forma, el agente moral debe ponderar en qué sentido la decisión que tome

puede beneficiar y/o perjudicar a otros agentes y a sí mismo; no es difícil ver que Batman se enfrente constantemente a dilemas relacionados con su condición de héroe y de ser humano común, para ello resulta positivo poder elegir entre diversas situaciones cuando ante un escenario negativo se puede optar por uno mejor, aunque no ocurre lo mismo cuando todas las opciones son malas.

Empecemos por tratar de definir qué son los dilemas morales. En general se definen como situaciones en las que dos exigencias morales pueden entrar en colisión y concluir cursos de acción incompatibles. El dilema moral se caracteriza por la imposibilidad de optar por varios cursos de acción simultáneos, sobre todo si son mutuamente excluyentes. El agente se siente atrapado entre los dos cursos de acción: actuar a favor de uno u otro sentido de los cuernos del dilema no puede satisfacer el requerimiento moral que él abandona. En este sentido, la experiencia de un dilema moral es un desafío a la propia integridad del agente. En un dilema moral, el agente está en una situación en la cual no puede realizar el cumplimiento de ambas exigencias morales y enfrenta por tanto la posibilidad de verse forzado a realizar inevitablemente una potencial inmoralidad; es decir de actuar por fuera de las propias convicciones, de los compromisos con los que el agente se identifica profundamente (Williams, 1981, p. 127).

En los dilemas morales el agente se enfrenta a la incertidumbre respecto a cómo solucionar un conflicto moral entre sus obligaciones, en tanto ninguna de las dos parece estar subordinada a la otra y ambas demandan su realización. En *Moral Realism and Moral Dilemma*, Philippa Foot dialoga con Bernard Williams, quien definió los dilemas morales (o los conflictos morales) como dos situaciones a y b y la imposibilidad de hacerlas al mismo tiempo (Foot, 1983, p. 380). Para Foot, esta definición resulta muy amplia porque en ella se cuelan cosas como ‘el agente quiere reír y tiene ganas de estornudar, pero no puede hacer ambas cosas al mismo tiempo’, lo cual no representa un dilema moral. Desde luego, el dilema moral se caracteriza por la imposibilidad de optar por varios cursos de acción simultáneos, más si son mutuamente excluyentes. Lo fundamental de los dilemas morales es que el agente puede encontrar buenas razones para elegir una opción en lugar de otra, por lo que elegir la opción correcta se vuelve problemático. A su vez, no puede decirse que el agente actuó mal o en contra de su deber si eligió un camino en lugar de otro. Entonces, ¿cómo saber qué opción tomar ante un dilema moral?

Para responder a este cuestionamiento debemos ponderar tanto los principios y valores implicados como las circunstancias y las posibles consecuencias del caso, esto permitirá conocer todos, o al menos, los más probables cursos de acción. Para poder identificar la solución óptima frente a un conflicto de valores, y de ese modo conducir a la toma de decisiones razonables, debemos hacer uso de un proceso que nos permita alcanzar decisiones prudentes y responsables. Para ello podemos emplear el concepto de deliberación aristotélica ya que, según Aristóteles, el acto de deliberar se realiza sobre aquellas cosas o situaciones que están en nuestro poder y que son realizables. La deliberación sucede sobre cosas que ocurren siempre, cuyo desenlace no es claro, es decir, sobre los medios que conducen a ciertos fines que además son contingentes, esto es, que podría ocurrir otra cosa. Luego de llevar a cabo la deliberación, el agente podrá elegir y decidir qué medios empleará para alcanzarlos. Por eso la elección es un acto voluntario, acompañado de razón y de reflexión. Según Aristóteles, elegimos lo que sabemos exactamente que es bueno (Arist. EN, 1111b-1113a). Entonces, cuando el agente moral se enfrenta a una situación dilemática, es decir, aquella en la que se dan dos o más cursos de acción cuyas justificaciones son igualmente válidas, tiene que realizar una deliberación sobre los medios (que serían los cursos de acción) que conduzcan al fin esperado o deseado.

Desde esta perspectiva, el hecho de que el superhéroe opte por la alternativa que lo lleva a cumplir con su deber moral no es más que saber elegir los medios adecuados para alcanzar ese fin. Pero si la deliberación resulta demasiado difícil -pues el dilema moral plantea un conflicto de intereses o demandas morales igualmente válidas-, es posible hacer uso de la teoría de Thomas Scanlon. Con ella, cualquier agente, en este caso los superhéroes, puede ponderar tanto los principios que le permiten optar por una acción sobre otra como aquellos principios que se lo impiden. Así, pues, el deber moral será el resultado de una acción razonable tal y como la entiende Scanlon: primero se deben examinar los principios que permiten hacer la acción (objeción de permiso) y luego los principios que prohíben dicha acción (objeción de prohibición). Las objeciones de permiso corresponden a aquellas cargas que tendrían que asumir las personas si cumplen con ese principio, las objeciones de prohibición, las que deben asumir las personas de no cumplir dicho principio. Finalmente, de la deliberación entre una objeción y otra se decide si se acepta o no el principio. Si las objeciones de permiso son mayores que las de prohibición, se concluye que el principio para hacer x acción es rechazado y, por tanto, la acción x no es justificable bajo ese principio (Scanlon, 2003).

Hasta aquí varios elementos con respecto al dilema moral. En primer lugar, sabemos que un dilema se presenta cuando se enfrentan dos o más alternativas de acción, cada una con justificaciones igualmente válidas; para optar por una de las alternativas es necesario que el agente lleve a cabo una deliberación sobre cuál es la mejor opción, o la opción correcta; finalmente, como las justificaciones para optar por cualquier camino son igualmente válidas, es importante detenerse en ellas. En muchas ocasiones, las justificaciones de una acción se basan en principios morales, por eso en el ejercicio de la deliberación se tienen que comparar los principios que permiten la acción con aquellos que la impiden.

En el Libro I de *La República* de Platón, Céfalo define “justicia” como decir la verdad y cumplir las promesas de devolver lo que se ha recibido prestado. Sócrates lo refuta al sugerir que sería un error pagar las promesas, por ejemplo, cuando se recibe un arma de un amigo que se encuentra en

posesión de un juicio y ese mismo amigo se la pide luego de haberse vuelto loco. Para Sócrates, todo el mundo estaría de acuerdo “en no devolvérsela, y que no sería un acto justo el obrar así, ni tampoco argumentar tan solo con verdades cuando el estado del amigo no le permite” (Platón, *República*, 331C)

Este ha sido un ejemplo a menudo citado en la literatura sobre dilemas morales, pero que a mi juicio, y en la interpretación del conflicto dada por Sócrates, no se compeadece con la definición que hemos establecido de dilema moral, en tanto que en este ejemplo es posible superar el conflicto apelando a una exigencia moral superior. En efecto, este tipo de situación se caracteriza porque el agente debe hacer algo y también debe no hacerlo. El amigo debe devolver el arma porque así lo ha prometido. Esta es una verdad formal; el amigo no obstante también ha de considerar, al deliberar, que hay algo incorrecto en cumplir la promesa: al hacerlo incumple la exigencia moral superior de salvaguardar del daño a posibles personas inocentes que estarían en riesgo, si el arma pasa a manos del amigo que ha perdido el juicio.

Este ejemplo deja entrever la relación entre el deber y/o la obligación y los dilemas morales. Ante un dilema moral, el sujeto elige lo que considera es su deber, esto es, lo correcto. Los superhéroes pueden realizar actos que sus posibilidades extraordinarias le permiten y que ningún otro ser humano podría pretender llevar a cabo, como salvar a un avión en llamas. Por otra parte, vale preguntarse si un “poder hacer implica una obligación”, es decir, de poder hacerse algo ¿se debe hacer? Esto a partir de la experiencia de Batman que tras el asesinato de sus padres al percatarse que nadie realmente hacía algo para traer justicia con respecto al homicidio del matrimonio Wayne que son personas ricas y poderosas se preocupa por la gente que no tiene los medios para hacer justicia, y observa que los habitantes de Gótica que tiene los medios no hace nada, por lo que se plantea la idea que ‘de poder hacer algo, quien tiene esa oportunidad debe hacerlo’, y el al tener los medios y poder hacer algo lo haría, juró sobre la tumba de sus progenitores traer justicia a aquellos a quienes el sistema ha olvidado y que no pueden conseguirla por mano propia, juró ser ‘justicia’, juró ser ‘venganza’.

El dilema moral obliga al agente a elegir entre compromisos valorativos que pueden ser mutuamente excluyentes, pero igualmente válidos. Las alternativas frente a un dilema moral pueden ser igualmente honradas o igualmente deplorables. En otras palabras, los dilemas morales también pueden presentarse cuando el agente tiene que elegir entre bienes, valores, compromisos o deberes que se tornan excluyentes, entre los que se plantea una oposición no contingente, que se le revela inconmensurable, perturbadora para el agente, puesto que se siente atado por las opciones en conflicto. Ahora bien, ¿Por qué es importante estudiar los dilemas morales que pueden afrontar los superhéroes o cualquier otro agente moral? En las situaciones conflictivas el individuo pone a prueba el juicio moral. Los dilemas morales -situaciones complejas en las que dos o más principios, normas o cursos de acción entran en conflicto- son escenarios en los que el agente pone en práctica su capacidad de resolver problemas. Ante un dilema, el superhéroe tendría que saber, de acuerdo con lo que sugiere el juicio moral, qué es lo correcto y por qué debe hacerse.

3. *¿Por qué Batman no mata al Joker?*

El Joker es el rival de Batman que más vidas ha quitado, desde las de civiles inocentes hasta la del segundo Robin (Jason Todd), desde sus propios secuaces hasta la segunda esposa del Comisionado Gordon. Batman lo atrapa, ingresa en el Arkham Asylum, e ineludiblemente se escapa y vuelve a matar antes de que Batman pueda detenerlo para comenzar el ciclo una vez más. ¿Por qué Batman no mata al Joker y acaba con todo eso? Es la pregunta principal de esta sección. En las siguientes líneas presentaremos dos modelos o sistemas éticos que puedan ayudar a establecer las posibilidades o limitaciones para resolver y enfrentar el dilema en cuestión. Es necesario precisar que para responder esta interrogante fijaremos la atención en las historias de Batman presentadas por Moore (1988), una historieta de un solo número bajo el título traducido de: “La broma asesina” y Nolan (2008), un largometraje bajo el título, también traducido, “El caballero de la noche”. El dilema por analizar se presenta de manera bastante consistente en estas dos historias pues existen muchas otras aristas por abordar que exceden el presente trabajo o no son pertinentes para nuestros fines.

Empecemos analizando a Batman como un seguidor de la deontología y propuestas kantianas. Bajo este sistema Batman no podría, o al menos no debería, eliminar al Joker matándolo. Recordemos, pues que Batman posee un estricto sistema de reglas a seguir y un código moral en su accionar. El no utiliza armas de fuego, ya que fueron estas las que dieron muerte a sus padres, combatir el crimen sin importar el rostro que adopte es una promesa y reto constante a cumplir aceptando el orden establecido, entiéndase las leyes y sistema judicial de ciudad Gótica. La justicia como ideal a preservar desde su condición de vigilante y guardián implica una gran responsabilidad que recae en el código moral aceptado por Batman de manera tal que llega ser casi inescindible del personaje. Batman no mata a sus enemigos, los enemigos de Ciudad Gótica que introducen el caos y violencia atentando contra la paz y seguridad que en algún momento fueron la realidad de esta ciudad, utópica, y no debía haber cambiado. La teoría kantiana afirma que una acción es moralmente correcta si la voluntad del agente fue movida por el imperativo categórico. Recordemos la primera formulación de aquel imperativo que dicta el obrar de tal manera que puedas querer que la máxima de tu accionar se convierta en ley universal. En cuanto a que Batman no elimina al Jocker debemos tener en cuenta este mecanismo de evaluación que utiliza el sistema deontológico. Si nuestras reglas no se aplican a todos, de forma “universal”, entonces debemos abandonarlas. En el caso de no matar, podemos preguntarnos: ¿qué pasaría si todos siguieran esta regla? Y claramente la respuesta sería satisfactoria.

Del mismo modo, eliminar al Joker implicaría que este sea solo un medio en la medida de proveer una aparente seguridad a ciudad Gótica y no una finalidad en sí misma. Cuando tratamos de impedir a la gente actuar de cierta manera, una buena pregunta suele ser: ¿Qué pasaría si todos los demás actuaran así? Esta es precisamente la situación que enfrenta no sólo Batman sobre eliminar al Joker, sino también la que este le plantea constantemente incitándolo a violar sus propios códigos morales como el no matar.

De acceder a la pretensión del Joker y darle muerte, eliminándolo finalmente, Batman no solo dejaría de cumplir o seguir el imperativo categórico kantiano y la deontología propuesta. Además, el “vencedor” en el conflicto sería el Joker en la medida que habría probado y quebrado los límites y posibilidades de corrupción de Batman como agente racional en el cumplimiento del imperativo

categorico universal. Pues bien, si Batman elimina al Joker: ¿que impediría que continuara con tal tipo de acciones? E incluso ¿Qué sería aquello que lo diferencie de aquel que fue su enemigo y némesis por tanto tiempo si estuvo dispuesto a matar sin seguir aquello que predica una razón universal?

Las acciones morales bajo este sistema o paradigma ético no están sujetas a los resultados o consecuencias que puedan generar o devenir de estas. La motivación racional y moral, voluntad y autonomía son los factores que rigen el accionar del individuo. Bajo este modelo, en la medida que no puede existir un conflicto para el imperativo categorico en la deontología propuesta por Kant, Batman no podría eliminar al Joker teniendo solo como medio para resguardar la paz y el orden en ciudad Gótica la persecución constante de criminales para que sean sometidos a las normas establecidas y purguen una condena en la penitenciaria “Arkham Asylum”. Por supuesto que en cada oportunidad Batman lo atrapa y lo devuelve a Arkham Asylum, donde a través de la “puerta giratoria” rápidamente vuelve a las calles a instaurar el caos. Batman sabe que el Joker va a escapar y que inevitablemente volverá a asesinar a no ser que él logre prevenirlo, algo que no siempre sucede.

El razonamiento que podemos encontrar detrás de la propuesta de asesinar al Joker por parte de Batman es bastante simple: si Batman matara al Joker evitaría todas las muertes que este último pudiera ocasionar en el futuro. Este razonamiento es típico del utilitarismo, ya que nos exige maximizar la felicidad total o bienestar resultante de las consecuencias de nuestros actos. Salvar muchas vidas al costo de una sola podría representar un aumento neto del bienestar de los demás. Pero los superhéroes en general no son utilitaristas, a pesar de que pueden luchar por la felicidad y el bienestar, hay ciertas cosas que procurarán no hacer para obtenerlas. Tal como los policías en la vida real, los superhéroes procurarán no poner en peligro vidas inocentes para atrapar al villano, incluso cuando hacerlo podría prevenir que el villano mate más gente en el futuro. La mayoría de los superhéroes no matarán incluso cuando eso pudiera salvar otras vidas; por supuesto que criminales como el Joker saben esto y lo aprovechan a su favor, tomando rehenes en cada oportunidad que encuentran. Como dijimos más arriba, Batman suele responder que si él alguna

vez mata, sería tan malo como los criminales a quienes combate, o que estaría cruzando una línea de la que no podría volver.

Volviendo al punto de vista deontológico: supongamos que Batman es capturado por el Joker y éste quiere saber dónde está Robin. Batman no podría decir nada, o debería evitar la pregunta, porque no podría mentirle al Joker para engañarlo, en tanto eso violaría el deber de no decir mentiras. Para la ética deontológica, se juzga la moralidad de un acto en base a características intrínsecas al acto mismo, dejando de lado las consecuencias que podría tener ese acto. Los fines nunca justifican los medios, sino que los medios deben ser justificables por mérito propio. Por lo tanto, el hecho de que matar podría prevenir futuras muertes es irrelevante, el único factor relevante es que matar está mal.

Pero antes de seguir reflexionando sobre por qué Batman no acaba con la vida de su némesis hay que preguntar si es que acaso efectivamente Batman nunca ha matado alguna vez al Joker en alguna historia. La respuesta es sí, ha habido veces en las que Batman ha matado al Joker, pero éstas han sido en historias que se desarrollan fuera de la continuidad oficial de los cómics en universos alternativos, dos de ellas han sido:

1.- *Batman: The Dark Knight Returns*: En esta historia de Frank Miller, que se desarrolla en un futuro alternativo, Batman se enfrenta al Joker en un brutal combate final. Aunque Batman no mata directamente al Joker, su confrontación lleva al Joker a paralizarse. En un último acto de malicia, el Joker se retuerce el cuello para completar la parálisis, muriendo y dejando la escena de tal forma que parece que Batman lo mató.

2.- *Flashpoint*: En este universo alternativo, es Thomas Wayne, el padre de Bruce, quien se convierte en Batman después de que su hijo es asesinado. Este Batman no tiene las mismas restricciones que el Batman de Bruce Wayne y mata al Joker, que en este universo es su esposa Martha Wayne, caída en la locura por la muerte de su hijo.

En estos universos en los que el personaje de Batman ha sido causante (ya sea directa o indirectamente) de la muerte de su archienemigo podemos encontrarnos con un hombre muy distinto al que típicamente estamos acostumbrados a ver en sus aventuras, ya que bien se trate de un hombre roto que ha sucumbido ante la presión del mundo o efectivamente se trate de otra persona portando el manto del murciélago. Sin embargo, tanto en sus historias canónicas como en universos alternativos Batman plantea una serie de dilemas éticos. Matar al Joker para evitar futuras muertes es un argumento bastante evidente que, a primera vista, pareciera no presentar mayores complicaciones. Según el utilitarismo el objetivo ético de nuestras acciones es el de maximizar la felicidad o el bienestar total. Salvar la vida de muchos a costa de solo una, por trágico que esto sea, resulta en un incremento neto del bienestar y la seguridad social.

Ciertamente y para la inmensa mayoría de las personas esta es una decisión moralmente aceptable, especialmente en una época en que un gran número puede ser muerto solo por unos pocos. Podemos decir que creemos en ciertos deberes, derechos o principios absolutos, en ciertos imperativos categóricos, pero solo y cuando estos no interfieran con la felicidad, el bienestar, la conveniencia o seguridad del mayor número posible de personas, ahora y a largo plazo. Pero, no para Batman. Él no quiere ningún trato con el utilitarismo. La felicidad es importante, indubitablemente, pero hay ciertas cosas que no se pueden hacer para conseguirla. El no matará, ni para salvar otras vidas, y tampoco va a arriesgar a inocentes para capturar a los villanos.

En la historia *El hombre que rió* de 2005 Batman sostiene al Joker sobre las reservas de agua potable de ciudad de Gótica pensando para sí mismo: “Estas aguas tienen suficiente veneno para matar a miles de personas. Sería tan fácil ahogarlo en ellas. Ya han muerto tantos por su culpa... Pero no, no debo”.

¿Por qué negarse a matar a uno y con ello permitir la muerte de tantos? ¿Porque es su deber? ¿Porque es su sentido de justicia? La respuesta de Batman es siempre la misma: Si lo hiciera cruzaría una línea de la cual nunca retornaría. La lógica utilitaria, si se aplica consistentemente, fácilmente puede llevar a la violación de la dignidad y los derechos más elementales del individuo.

En el fondo Batman es kantiano. La moral de un acto se basa en las características intrínsecas del acto mismo independientemente de las consecuencias que puedan derivarse de él. El fin no justifica los medios y los medios deben justificarse por sus propios méritos. El hecho de que el asesinato de uno pueda prevenir la muerte de muchos es irrelevante. El único factor relevante es que matar es erróneo.

Para un kantiano como Batman el valor moral de una acción consiste no en las consecuencias que puedan derivarse de ellas, sino en la intención con que el acto se lleva a cabo. El valor reside en el acto mismo y no en otra cosa como nuestros intereses, deseos o preferencias. Un acto que se ubica más allá del principio del placer. Solo las acciones que surgen exclusivamente del deber y solo por deber tienen valor moral. Actuar moralmente no es elegir los mejores medios para lograr un fin determinado, sino elegir el fin por sí mismo. Y cada ser humano es un fin en sí mismo porque cada uno tiene un valor intrínseco absoluto. Es esto lo que en términos de deber moral le impide tratar a un ser humano como medio. No porque esté sujeto a una ley moral escrita en piedra, sino porque solo él es el autor de su propia ley moral, solo él define “no matar” como su imperativo categórico.

A continuación, observaremos los matices kantianos que se ven reflejados en la película “Batman: el caballero de la noche”, para argumentar así, las ideas ya expuestas. Para empezar, vamos a presentar al personaje más relevante de la trama: Batman, el cual es un joven empresario y millonario que debido a un lamentable suceso perdió a sus padres a manos de un criminal cuando era tan solo un niño. Batman no posee superpoderes, no es extraterrestre ni ha sufrido un afortunado accidente que lo haya convertido en un mutante como la mayoría de los superhéroes convencionales, tan sólo es un ser humano en busca de hacer lo correcto. Mientras que por otro lado está el Joker, una persona con un trastorno de personalidad antisocial, además de que posee trastorno obsesivo-compulsivo y rasgos de personalidad dependiente. Batman y el Joker tienen una relación muy estrecha ya que son enemigos, dependientes el uno del otro, por consiguiente en las acciones que han tenido de decidir no matarse entre sí en repetidas ocasiones dejando en evidencia ciertos comportamientos que están dentro de los lineamientos de filosofía kantiana. Un ejemplo de esto está en la película cuando en una escena el Joker se tira de un edificio y Batman no lo deja caer, por lo que el Joker le contesta diciendo:

¿No has podido dejarme caer, verdad?, esto es lo que pasa cuando una fuerza imparable...choca con un objeto inamovible. Tú, realmente eres incorruptible ¿no es así? Tú no me mataras por algún equivocado sentido de la moralidad y yo no te mataré porque eres demasiado divertido. Creo que tú y yo estamos destinados a hacer esto para siempre (Nolan, 2008)

Aquí se puede ver que el Joker se da cuenta de que por más que la función de Batman sea detenerlo no lo va a matar, aunque capturándolo Batman sabe muy bien que el Joker de alguna manera va a poder escapar y seguir matando a menos de que él lo impida, pero eso es algo que ya descubrió que no lo puede hacer siempre. Ya entrando en lo que es el pensamiento de superhéroe (en este caso no solo nos referimos a Batman) el cual dice que al matar al villano sería igual o peor que él. Aquí podemos ver como Batman adopta la ética kantiana debido a que al no matar al Joker está imponiendo sus códigos morales y así demostrando que es mejor que él, asimismo demuestra que es una persona recta la cual actúa de la misma forma en todos los casos claramente haciendo la distinción de que el Joker es malo y por eso merece un castigo. Sin embargo, con esto se genera una paradoja, ya que al perdonar una vida se están matando otras miles y la solución a este problema es tan sencilla como equilibrar estos dos argumentos en una balanza donde miles de vidas inocentes pesarían más que la de un psicópata. El problema radica en que estaríamos decidiendo sobre la vida de una persona, el cual es un derecho que no poseemos y de esta forma nos convertiríamos en lo que queremos destruir: el Joker.

Batman es un personaje que vive (y convive) con una lucha interna y eterna abanderada por el deber. Ha sido retratado por diversos autores (cómic, cine, etc.) y cada uno de ellos lo dota de ciertas características; este es uno de los motivos por los que es complejo retratarlo de manera sistemática. Pero hay un hilo común y que no suele abandonar al hombre murciélago: sus principios, ese sentimiento del deber que, si lo unimos con su ansia de justicia, nos encontramos con el espíritu de Kant.

¿Qué se esconde tras esos principios de los que todos los villanos hablan al referirse a Batman? Es aquí cuando podemos confirmar lo que ya veníamos diciendo: tras esos principios se encuentra el imperativo categórico kantiano.

Sabemos que Bruce Wayne pierde a sus padres cuando es niño; ve cómo los matan al salir de una función en un teatro. Ese trauma es el que le empuja a luchar por la justicia en Gótica. En un principio tiene sed de venganza, y esto es un sentir tan humano que poco se le puede reprochar. Tiene claro que quiere matar al asesino de sus padres, pero pronto se da cuenta de que no es esa la solución, que no puede ser parte del problema que acecha a su ciudad. Ve que su deber está más allá de la venganza, que por lo que debe luchar es por el bien y por la justicia. Se encuentra en la necesidad de evitar que otra persona tenga que pasar por lo que él pasó siendo niño. Es por ello que podríamos decir que no se trata de venganza sino de justicia. Batman busca que la justicia y el bien se conviertan en una ley universal (imperativo categórico), y en base a ello hace que gire su vida; considera que es su deber (no viene impuesto por otro, nace de la razón). Es consciente de tener los medios para conseguirlo, y se siente en la necesidad de no mirar hacia otro lado.

En definitiva, se puede decir que tanto Kant como Batman terminan confiando en el ser humano, son conscientes de que el mal acecha en cada decisión por lo que no es una cuestión de ingenuidad. Pero ellos creen y defienden que será la razón la que termine marcándonos el camino y, de esta forma, conseguir que no quedemos inmersos en un caos absoluto donde todo tenga cabida.

En síntesis, podemos decir que este capítulo se ha centrado en el modo en que los superhéroes asumen su deber moral, como sujeto que antepone el bienestar de los demás al suyo, y quien se impone la obligación de usar correctamente sus poderes. El superhéroe encarna tanto la fragilidad humana como la exigencia de una condición privilegiada, por ello se debate constantemente entre lo que debe hacer y lo que no.

En principio, el superhéroe puede pensar que el deber de cultivar sus talentos y que la responsabilidad que tiene de ser superhéroe y de poner sus poderes al servicio de los demás es consigo mismo. Sin embargo, una vez que el superhéroe se revela como tal, la sociedad puede demandarle cumplir con sus deberes morales. ¿De qué forma podría justificar dicho deber moral?

Diferentes perspectivas filosóficas ofrecen una respuesta: el utilitarismo clásico y las teorías morales de aristóteles y Kant. cada una de ellas ofrece argumentos que el superhéroe podría utilizar a la hora de justificar por qué hace lo correcto o con base en qué criterio escoge lo que es correcto. Desde el utilitarismo, el deber moral del superhéroe se resume en hacer lo que traiga mayor beneficio a la mayoría de las personas. Pero esta perspectiva resulta insuficiente cuando Batman se enfrenta a elegir entre salvar una vida o varias. La perspectiva aristotélica podría ayudarle a decidir de manera virtuosa, prudente, o ‘por amor a lo noble’. Finalmente, podemos observar que Batman emplea la teoría moral kantiana para justificar sus acciones, su deber sería cumplir con el deber moral.

Este capítulo también abordó la distinción entre deber moral y obligación. Si bien muchos autores emplean ambos conceptos como sinónimos, hay varias diferencias, entre las que sobresale el hecho de que la obligación se derive de un acto voluntario previo, mientras que los deberes morales no. En ese sentido, los deberes y las obligaciones de los superhéroes serán distintos, en particular porque cuando al agente se le presente una situación moralmente conflictiva será muy probable que se pregunte qué debe hacer, que tenga que establecer distinciones entre deberes y obligaciones y elegir a cuáles atender si estas entran en conflicto. ante un dilema moral, el superhéroe, o cualquier otro agente, se ve en la necesidad de contraponer deberes, intereses o demandas mutuamente excluyentes, situaciones en las que tiene que poner a prueba su juicio moral.

III.- Las series animadas como herramientas de educación moral.

El superhéroe de dibujo animado o caricatura puede leerse desde la filosofía moral y dar ideas de cómo una persona común y corriente que obtiene habilidades extraordinarias -por motivos ajenos a él- se enfrenta a dilemas morales. Se puede objetar que un personaje ficticio como el superhéroe pueda ser un modelo moral, debido a que dicho carácter le impide establecer un vínculo con las personas que lo admiran y, por ello, no puede ser su ejemplo. No obstante, puede existir un tipo de identificación con el superhéroe, pues es capaz de generar una empatía más fuerte con su público; en ese orden de ideas, puede ser un modelo a seguir. Quizá para muchos no sea evidente la forma en que el seguidor de historietas tiende a hacer del héroe parte de su cotidianidad hasta el punto de emularlo, pero en muchas partes de Latinoamérica -incluyendo Chile- y el resto del mundo son frecuentes las convenciones de aficionados a los cómics, quienes se caracterizan como el protagonista o alguno de los personajes de sus series favoritas.

Lo anterior no es suficiente, por lo que es preciso describir la manera en que los superhéroes pueden llegar a ser un ejemplo para sus audiencias, en especial los niños. Desde luego, teniendo en cuenta que todo mensaje mediático es polisémico, es decir, que poseen múltiples significados y no solamente uno, puede interpretarlo de la forma en que su contexto social, político, religioso, ético o económico se lo permita. Según Morley (1996, p.85) los mensajes son polisémicos por varias razones. Una de ellas se debe a la necesidad por parte de los medios de captar a diversos grupos con distintos niveles culturales y visiones ideológicas, ya que los mensajes de los medios no resultarían atractivos para las clases dominadas o subalternas si se centraran exclusivamente en difundir los intereses, gustos y valores de la clase hegemónica y viceversa, esto aplicado también a sectores etarios, de género, etc.

Los personajes de historietas que se transmiten por televisión forman parte de un proceso de socialización mediante el cual los niños se construyen como individuos a través de los demás. De acuerdo con Berger y Luckman, existe un proceso llamado socialización primaria a través del cual el individuo se vuelve parte efectiva de la sociedad. Asimismo, el individuo “está en posesión

subjetiva de un yo y un mundo” (Berger & Luckman, 1998, p. 174). La internalización, proceso que describen estos autores, es fundamental para comprender la función que cumple el dibujo animado en la formación del individuo infantil. Según Berger y Luckman (1998) el sujeto tiene una predisposición a ser miembro de la sociedad; sin embargo, para que dicha predisposición sea posible, el individuo debe atravesar un proceso de internalización en el cual aprehende el mundo en el que viven las personas que lo rodean. Este proceso de internalización se produce como una consecuencia de la identificación: “el niño acepta ‘roles’ y actitudes de los otros significantes, o sea que los internaliza y se apropia de ellos. y por esta identificación con los otros significantes el niño se vuelve capaz de identificarse él mismo, de adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible” (Berger & Luckmann, 1998, p. 167).

El proceso de identificación es dialéctico: ‘yo soy yo, lo que aprendo de los demás y lo que los otros significan para mí’. Esta identificación está mediada, en gran medida, por la televisión, debido a que ésta determina prácticas y roles que provienen y determinan a la sociedad (Rincón, 2002). El individuo internaliza las normas, roles y conductas de la sociedad por medio de la observación de los demás y a través de la manera en que los demás le asignan roles (Mead, 1973). Un niño derrama la sopa y nota que su madre se enoja con él. El pequeño, con el tiempo, aprenderá a pasar de

‘Mamá está enojada conmigo ahora’ hasta ‘mamá se enoja conmigo cada vez que derramo la sopa’. A medida que otros significantes adicionales (padre, abuela, hermana mayor, etc.) apoyan la actitud negativa de la madre con respecto a derramar la sopa, la generalidad de la norma se extiende subjetivamente. El paso decisivo viene cuando el niño reconoce que todos se oponen a que se derrame la sopa y la norma se generaliza como ‘uno no debe derramar la sopa’, en la que ‘uno’ es él mismo (Berger & Luckman, 1998, p.169)

Este ejemplo puede verse desde la perspectiva en que los superhéroes resuelven los dilemas morales. Aquí no interesa tanto si el héroe (o la televisión) es el emisor de una norma, sino la manera en que resuelve las situaciones moralmente conflictivas que se le presentan. El ejemplo anterior tomaría la siguiente forma: ‘el héroe debe decidir entre cumplir un compromiso con un ser querido y cumplir su responsabilidad como héroe. Los compromisos con los seres queridos son

importantes, pero también lo son los compromisos que se derivan de los roles que asumo en la sociedad, por ejemplo'. A medida que el niño observa la forma en que el héroe sopesa entre distintos principios morales, sentimientos morales o emociones racionales para tomar una decisión, puede darse cuenta de cómo un personaje al que se admira resuelve sus dilemas morales. Con el tiempo -y con el refuerzo de distintos modelos morales, como los padres o los maestros-, el niño se dará cuenta de cuál es la mejor manera en que puede resolver una situación conflictiva; el niño podrá decirse que 'uno dispone de diversas maneras de justificar un curso de acción, sobre otro de manera que se opte por el mejor', donde 'uno' es el niño.

Ahora bien, independientemente de que haya personas fanáticas de un programa de superhéroes hasta el punto de que se sientan parte de él, es necesario reconocer que las audiencias 'leen' e interpretan los programas de televisión con base en el contexto en el que se encuentran. Dicho reconocimiento es necesario, debido a que los contenidos mediáticos, como la serie animada de Batman, no son inoculados en los receptores sin más. De acuerdo con David Morley, teórico dedicado a los análisis de recepción, no es posible pensar en ver televisión como una actividad pasiva. Basta con ver unos instantes un noticiero junto a otra persona para que se suscite una discusión sobre los contenidos de los programas.

Los mensajes que recibimos de los medios no nos encuentran aislados, porque todos llevamos con nosotros, en el momento de recibirlos, otros discursos y otro conjunto de representaciones con los que estamos en contacto en otras esferas de la vida (Morley, 1996, p. 2).

Las teorías de la comunicación han descrito un esquema del proceso comunicacional de la forma 'emisor-mensaje-receptor'. Este proceso, aunque asimétrico, no es unidireccional, puesto que las audiencias no son vertederos que reciben cualquier contenido de los medios de comunicación; también disponen de los contenidos mediáticos de la manera que les plazca. Las audiencias son un producto social y no únicamente de un medio o de un producto mediático. Las series animadas de superhéroes podrían formar parte de la construcción del juicio moral de los receptores

(particularmente los niños), aunque hay que tener presente que los receptores son capaces de interpretar los contenidos morales de los superhéroes con base en sus propias vidas y en lo que aprenden de otros sujetos.

Así las cosas, cabría preguntarse cuál podría ser la relación entre, por un lado, la forma en que los mensajes mediáticos tendrían una incidencia en la formación del juicio moral de los receptores y, por el otro, la forma en que el superhéroe puede ser considerado un modelo con un juicio moral desarrollado. En un primer momento, se presenta un nuevo argumento sobre el rol que cumple la televisión en la formación del sujeto contemporáneo; posteriormente el papel que podría tomar la figura del superhéroe en la educación moral de los agentes morales.

En *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Giovanni Sartori formula una tesis que, aunque discutible y ciertamente apocalíptica, es interesante para argumentar la importancia del superhéroe de historieta en el proceso educativo de los agentes morales. Según Sartori,

La televisión no es sólo un instrumento de comunicación; es también, a la vez, *paideia*, un instrumento 'antropogenético', un medium que genera un nuevo *ánthropos*, un nuevo tipo de ser humano ... la verdad es que la televisión es la primera escuela del niño (la escuela divertida que precede a la escuela aburrida); y el niño es un animal simbólico que recibe su imprint, su impronta educacional, en imágenes de un mundo centrado en el hecho de ver (Sartori, 2007, pp. 42-43)

Más que una desventaja, el hecho de que exista tal proximidad entre la televisión y los televidentes infantiles y juveniles es positivo, aunque no debe considerarse sin más.

A través de los mensajes televisivos es posible hacer reflexiones sobre nuestro acontecer; es usual encontrar personas que discuten y argumentan sobre los cursos de acción que toman los personajes de las telenovelas. Por ejemplo, un ama de casa reniega de uno de los personajes de su novela

favorita diciendo: ‘no, ella es una tonta. ¿Cómo es posible que vuelva a la casa del marido después de que la golpea?’. Este ejemplo, un tanto trivial, demuestra que la televisión no sólo estimula discusiones sobre personas ficticias, sino sobre eventos que ocurren en el mundo. Esto también ocurre con frecuencia con los temas de actualidad y de la agenda pública presentados por los noticieros de televisión.

Dejando de lado los programas televisión que retratan los hechos, dirijamos la mirada a los de ficción. En las series animadas de superhéroes, las posibilidades tanto de debate como de desarrollo cognitivo son notables. ¿Cómo podemos aprovechar los espacios de discusión que se originan en la televisión en la formación moral de las personas?

Según el teórico catalán Joan Ferrés i Prats (2000), es necesario tener presente que la televisión opera con un lenguaje emotivo, relacionado con las dimensiones sensoriales, emotivas e inconscientes de la mente humana. De acuerdo con Ferrés, cuando desde las instituciones educativas se trata de entender la incidencia de la televisión en los procesos socializadores, se hace desde una perspectiva discursiva que poco tiene que ver con los mensajes televisivos. La televisión opera con mecanismos de seducción, que se ven reflejados en las imágenes. Ferrés cita a Johann W. von Goethe, quien afirma que no había espacio para la reflexión en el teatro, pues los sentidos estaban entregados al deleite. En la televisión pasa algo similar, aunque con mayor intensidad:

[Los] cambios constantes de plano, la movilidad de la cámara, la movilidad de los sujetos y de los objetos captados en ella ..., la potencialidad seductora de las músicas y los efectos sonoros ... incrementan la fascinación sensorial ... reduciendo todavía más, aparentemente al menos, la capacidad reflexiva y crítica del receptor” (Ferrés, 2000, p. 132).

Hay que tener cuidado con la afirmación de este autor sobre la reducción de la capacidad reflexiva, pues sí es posible hacer una lectura crítica de los mensajes televisivos, como cuando dos personas discuten sobre los contenidos de un programa de televisión.

Lo que se destaca en Ferrés es que, gracias al lenguaje emotivo de la televisión, es posible llevar a cabo procesos socializadores basados en la identificación y en la proyección. El superhéroe animado es ejemplo de ello: la identificación que se pueda sentir con Batman o Superman podría inducir al espectador a asumir los sentimientos de los personajes o a volcar los propios en los de los personajes. Así, el televidente desarrolla una empatía con sus personajes favoritos, como el superhéroe. Una vez establecido este vínculo, el espectador puede, por un lado, entender cómo los superhéroes resuelven los dilemas morales y, por otro, reflexionar sobre su forma de resolver las situaciones dilemáticas que se les presentan.

Pensemos en el acto de leer una novela o un cuento. Al llevar a cabo esta tarea nos vemos invitados por el autor a imaginar hechos y situaciones inexistentes, pero que podrían suceder ampliando así un poco la forma en que vemos el mundo. La televisión podría cumplir esta misma función si se tiene en cuenta el uso que hace del lenguaje emotivo –como lo hace la literatura– y que logra establecer un vínculo con la audiencia. Si con las novelas las personas pueden imaginar cómo sería la vida propia si las circunstancias fueran distintas, con la televisión se puede lograr un efecto similar. Es más, las generaciones están cada vez más próximas a lo audiovisual que a lo escrito, y por ello no es de extrañar que ejerza una influencia en su forma de ver el mundo.

Los dibujos animados revisten cierta subjetividad que no se puede olvidar, pero no se puede asumir que los televidentes o los consumidores de este tipo de productos mediáticos se dejen influenciar sin más por los contenidos a los cuales los somete la industria cultural. A diferencia de hace diez o veinte años, las audiencias de hoy están más dispuestas a evaluar lo que les muestra la televisión, pues tienen muchos más puntos de comparación (internet, televisión por cable, etc.) para establecer, por ejemplo, si lo que ven tiene buena o mala calidad, si se defiende un discurso sexista, racista o, si al contrario, es incluyente y dignificante.

Hecha la anterior salvedad, la relación entre el superhéroe y el espectador puede ser importante para la educación moral. La cercanía que el superhéroe tiene con la juventud puede emplearse para

estimular el desarrollo moral de niños y jóvenes. Las novelas, el cine y los programas de televisión se prestan para que los espectadores asuman el rol del juez, mediante el cual no sólo es posible evaluar la forma en que los personajes ficticios actúan, sino cómo ellos mismos ven reflejadas sus propias conductas a través de dichos personajes. Así podemos observar cómo los chicos pueden imaginar, por medio de las historias de superhéroes, cómo resuelven sus dilemas morales y qué harían ellos en su lugar. ‘¿Qué harías tú si tuvieras que acudir a una ceremonia de condecoración para el comisionado Gordon, pero, al mismo tiempo, tuvieras que rescatar a Selina Kyle?’ en términos más familiares, ¿qué haría usted si tuviera que cumplir una promesa con un ser querido y, al mismo tiempo, cumplir con el deber de ayudar a una persona que lo necesita? ¡Qué mejor manera de presentar los dilemas morales por medio de un personaje que tiene tanta aceptación en la población joven! es una interesante propuesta de aprendizaje moral ofrecer situaciones dilemáticas cuyo agente moral sea un superhéroe.

Antes de continuar con el asunto de la educación moral, es necesario hacer hincapié en el concepto de modelo moral. Es preciso tener en mente que, entre los jóvenes, las fuentes de conducta provienen de los pares más que de las autoridades. Por lo general, los chicos entre los trece y los dieciocho años buscan la aprobación de sus amigos en lugar que la de sus padres o maestros. El grupo de amigos es el que indica cómo proceder en un momento de duda; por ello, algunas veces los adolescentes ceden ante la presión de grupo. Podría sugerirse que un modelo moral que tenga más aceptación entre los jóvenes puede tener mayor influencia sobre su conducta. Esto no quiere decir que los padres no tienen influencia en sus hijos adolescentes, sino que un agente socializador y que tiene legitimidad, como la televisión, también puede utilizarse para presentar dilemas morales y cómo deben resolverse.

Usualmente, los programas de televisión -por más ingenuos e inofensivos que parezcan- proponen formas de ver el mundo, valores y subjetividades. Basta con revisar qué tipo de programas son los más vistos en Chile en la actualidad para comprender esto. Que las personas sientan empatía por un narcotraficante de telenovela y que acepten sus justificaciones para delinquir dice mucho sobre los valores morales, materiales y estéticos que se difunden a través de la televisión.

Es preciso señalar que aquí no se propone hacer de la televisión el medio para transmitir un ‘paquete de valores’ determinado, sino entender el significado de una palabra o de una situación nueva es más fácil con el ejemplo. Si un niño pregunta ‘qué es escrupuloso’, entenderá mejor su significado si una persona, además de darle la definición, emplea la palabra en una oración. Algo similar puede suceder en el caso de los superhéroes: en lugar de preguntarnos únicamente qué significa un dilema moral y cuál es el método más adecuado para resolverlo, podemos emplear las situaciones dilemáticas como las que tienen que enfrentar personajes como Spiderman o Batman con el fin de comprender qué es un dilema moral y cómo se tiene que resolver. A través de estos personajes es posible estudiar situaciones en las que los agentes morales tienen que ponderar ciertos principios morales sobre otros.

Si se quisiera plantear un programa educativo que pretenda el desarrollo del juicio moral a través del estudio de las historias de superhéroes, sería necesario fijar las condiciones mínimas que debería tener un programa en educación moral que use como objeto de estudio al superhéroe. Nussbaum (1997) indica una serie de requerimientos para considerar a la novela como parte de un programa educativo en moral. Nussbaum asegura que el acto de leer -o en el caso que planteo aquí, de ver series animadas de superhéroes- y evaluar lo leído, es “éticamente valioso ... porque su estructura exige tanto la inmersión como la conversación crítica, porque nos insta a comparar lo que hemos leído, no sólo con nuestra experiencia sino con las reacciones y argumentaciones de otros lectores” (Nussbaum, 2006, p. 34). esto significa que no basta con que el sujeto lea o vea televisión individualmente y que se plantee preguntas en solitario; la dinámica de un programa en educación moral que empleara dibujos animados sería similar a la de un foro de cine o un club de lectura en el que los asistentes comentan las situaciones vistas y las evalúan entre todos.

Además, Nussbaum plantea que la evaluación en conjunto de las novelas (o los dibujos animados en este caso) con otros lectores y con las teorías morales y políticas es fundamental y necesaria para que haya un aporte real a la educación moral de los individuos (Nussbaum, 1997, p. 36). Esto con el fin de establecer relaciones entre nuestros juicios morales y lo que puede ofrecernos la

lectura y/o la televisión, pues esta actividad puede llevarnos a modificar nuestras concepciones morales.

Nussbaum advierte que con el mero ejercicio de leer nadie aprende a ser ciudadano (Nussbaum, 1997, p. 36); lo mismo ocurre con los dibujos animados de superhéroes. Las historias de Batman nos pueden presentar unas situaciones dilemáticas (digamos, sobre dejar de ser superhéroe o seguir siéndolo), pero no otras. Esta limitación hace esencial el acompañamiento tanto de las novelas como de los dibujos animados con teorías morales y políticas, así como la discusión de dichas teorías con otros lectores o espectadores, particularmente debido a la polisemia sobre la que se ha querido advertir previamente. Nussbaum llama la atención sobre dos aspectos que deben tenerse presente a la hora de aprender sobre moral por medio de la lectura de novelas o de ver dibujos animados:

Hago dos afirmaciones, pues, en lo concerniente a la experiencia del lector: primero, que brinda intuiciones que –una vez sometidas a la pertinente crítica– deberían cumplir una función en la construcción de una teoría política y moral adecuada; segundo, que desarrolla aptitudes morales sin las cuales los ciudadanos no lograrán forjar una realidad a partir de las conclusiones normativas de una teoría política o moral, por excelente que sea. La lectura de novelas no nos dirá todo sobre la justicia social, pero puede ser un puente hacia una visión de justicia y hacia la realización social de esa visión. (Nussbaum, 1997, p. 38)

No se trata de que la lectura de novelas, o en nuestro caso ver dibujos animados de superhéroes, vaya a reemplazar el estudio juicioso de las teorías morales, sino que dichas teorías se pueden entender y discutir mejor a la luz de un ejemplo. El estudio de las situaciones dilemáticas en las que se ve envuelto un superhéroe como Batman puede ir acompañado de un programa de educación moral -que contemple lo descrito por Nussbaum- en el que los niños y jóvenes pueden desarrollar su juicio moral a partir del estudio de casos.

Si bien los dilemas morales que presentan los superhéroes son hipotéticos, deben irse acercando a los problemas concretos y cotidianos de los agentes en el marco de la educación moral. Esto es, si en un capítulo x de Batman aparece el dilema de salvar a una persona que no le agrada al héroe, pero que está en peligro y asistir a una cita con un conocido, el dilema debería replantearse no solo en términos de ‘¿qué haría usted si fuera Batman?’, sino también en términos de ‘¿qué haría usted si se encontrara en la situación (concreta) de cumplirle una cita a “x” o ayudar a “y” en determinada situación?’.

Con base en lo anterior, es preciso señalar la importancia -para el desarrollo del juicio moral a través de las cátedras escolares- de incluir en el estudio de las teorías morales la discusión sobre casos que muestren situaciones particulares en las que los agentes deben tomar decisiones y justificarlas moralmente. Estas situaciones particulares pueden estar referidas a aquellas que presentan los dibujos animados de superhéroes, con el objetivo de lograr un desarrollo del juicio moral de los estudiantes, en lugar de enseñarles únicamente conceptos morales o conjuntos de virtudes. Esto vendría a acompañar las cátedras sobre ‘valores’ y ‘religión’ en colegios en los que se enseñan las virtudes o valores que una persona correcta debería tener.

Vale la pena hacer una advertencia sobre el tipo de series animadas que –en mi opinión- servirían como material para la enseñanza moral. Series como *Batman: la serie animada* pueden servir para tal fin porque sus protagonistas tienden a enfrentarse a dilemas morales y porque tienen un juicio moral desarrollado. sin embargo, estos programas de televisión deben contar con un tipo de requerimientos mucho más general para que puedan ser empleados en educación moral.

1. El programa de televisión debe permitir que el espectador pueda tener la oportunidad de imaginar “en qué consiste vivir la vida de personas que podrían ser, dados algunos cambios circunstanciales, nosotros mismos” (Nussbaum, 1997, p. 29). Es cierto que nadie podría obtener poderes especiales si le cae un meteorito encima (o por lo menos esto no se ha comprobado), pero sí puede darse el caso en que una persona obtenga un talento o recursos cuyo uso debe ser responsable, por ejemplo, que resulte heredero de una gran fortuna (caso de Bruce Wayne).

2. El programa de televisión tiene que generar identificación en los espectadores. Los dibujos animados, así como otros géneros televisivos, presentan lugares que son cercanos a la audiencia. Los callejones de Gótica no están alejados de como lucen muchas calles de barrios populares.

3. Los programas de televisión que sirvan para la educación moral tienen que permitir diferentes interpretaciones por parte de los televidentes para que se pueda llevar a cabo el ejercicio de crítica y juicio planteado por Nussbaum.

4. El programa o los programas elegidos para la actividad propuesta tienen que mostrar situaciones en las que los agentes morales tengan que elegir entre cursos de acción, principios morales, intereses o demandas encontradas. Estos cuatro requerimientos no se limitan a los dibujos animados de superhéroes, sino también a otro tipo de productos audiovisuales, como las películas.

En síntesis, podemos decir que el superhéroe, en tanto que mensaje mediático, puede ser decodificado por la audiencia. Los televidentes aprenden de la televisión, debido a que ésta, además de ser una institución educativa, se comunica a través de un discurso emotivo que genera empatía con los espectadores. Esta condición del superhéroe, sumada a su característica de modelo moral, puede emplearse para llevar a cabo programas de educación moral. debido a la identificación que las audiencias sienten con los superhéroes, es posible desarrollar cátedras en las que se presenten dilemas morales a través de estos personajes y lograr el desarrollo del juicio moral en los agentes morales.

Conclusiones.

En el transcurso de este trabajo se ha intentado evaluar al superhéroe (Batman como caso de estudio) como agente moral que se enfrenta a dilemas morales y que justifica sus acciones con base en la ley moral. Además, se ha sugerido una posible manera en que este tipo de reflexiones pueden acompañar programas en educación moral.

El superhéroe es un ideal del yo, un proyecto o una promesa de vida, no tanto por el hecho de que las personas quieran obtener poderes especiales como él, sino por la manera en que este personaje hace uso de sus poderes. El héroe se resiste al mal y a emplear los dones recibidos –por azar o por él mismo– de manera injusta. Además, superhéroes como Batman no responden únicamente a sus propios intereses, sino que buscan el bienestar y la justicia de quienes los rodean, sean personas queridas o no. Una de las justificaciones más recurrentes para que el superhéroe elija un curso de acción sobre otro es el respeto al deber moral; este es el que guía las acciones de personajes como Batman.

No se trata únicamente de aprender de moral por medio de los contenidos televisivos, sino que estos puedan leerse a la luz de teorías morales que describen las motivaciones morales y explican su rol. Asimismo, puede establecerse un diálogo entre la filosofía y los medios de comunicación y los mensajes que estos transmiten. No es posible aislar el discurso filosófico de los medios de comunicación como la televisión que, si bien no retratan fielmente la realidad -y no pretende emularla tampoco- sí es un espacio donde convergen las diversas percepciones que tienen los televidentes de ellos mismos.

En ese orden de ideas, el superhéroe -en tanto protagonista de muchas de las series animadas de televisión que se ven en la actualidad- es una figura externa y ficticia que podría funcionar como un modelo moral para los espectadores. Un modelo que genera identificación y simpatía en el público, que ve cómo el personaje de ficción sortea situaciones tanto cotidianas -y que pueden ser

muy parecidas a las que puede vivir cualquier persona- como las que ocurren a causa de su condición de superhéroe. La posibilidad de que el superhéroe pueda ser considerado como un modelo, específicamente un modelo moral, plantea la necesidad de hacer una cuidadosa lectura de él: ¿qué contenidos morales se pueden encontrar en los dibujos animados de superhéroes, o en los dibujos animados en general?, ¿cómo son las interpretaciones que hacen los receptores de dichos contenidos?, Son algunas de las preguntas que pueden surgir a partir de lo planteado en esta investigación.

En conclusión, de este trabajo podemos sacar en claro que:

1. Los productos televisivos que pretenden entretener, como los dibujos animados, por más inofensivos que parezcan, no son moralmente neutrales. En la mayoría de los casos, los programas de televisión se construyen desde una visión hegemónica que plantea un lenguaje y una lectura dominantes. El trabajo presentado aquí se ha limitado a hacer una lectura de las múltiples que se pueden hacer a partir de un mensaje mediático como son los diálogos de los superhéroes de historietas. Por cuanto todo mensaje -y el audiovisual, en el caso analizado- es polisémico, supone que otras personas podrían hacer interpretaciones distintas de ese mismo dibujo animado.

El análisis de la figura de Batman como agente moral solo es una parte de la tarea que hay por delante: faltaría indicar la manera en que el público atiende a los contenidos morales, a los dilemas que los superhéroes enfrentan y al modo en que ellos los resuelven. ¿Qué ven las personas en la figura del superhéroe además de los posibles dilemas morales que se pueden extraer de las situaciones en las que se involucra? ¿Existen representaciones de la familia? ¿De los roles que se asumen en la sociedad? Aquí entra en juego lo que anota Nussbaum sobre el acto de juzgar y criticar las acciones de los personajes de ficción y cómo esas mismas críticas pueden conducir a una autoevaluación de las acciones del propio espectador.

Aunque los realizadores de productos televisivos muchas veces construyen sus personajes sin tener en cuenta las posibles lecturas que los televidentes pueden hacer sobre ellos, los mensajes mediáticos dicen muchas más cosas de lo que aparentan. Proponer, por ejemplo, que un personaje como el superhéroe sea un modelo moral que podría tener una repercusión en la manera en que las personas construyen su personalidad moral es muestra de ello. Además, que ese modelo moral no es cualquiera, sino uno que actúa con base en principios universales y autoelegidos.

La posibilidad de incorporar los dibujos animados a un programa en educación moral no sólo estudiaría las acciones de los superhéroes, sino también las de sus rivales. Si bien los espectadores pueden buscar solo entretenimiento en los dibujos animados, también se puede dar la posibilidad de que emitan juicios sobre ese tipo de programas y que dichos juicios contribuyan a su propia formación moral. Desde esta perspectiva, podría ser una lectura más fructífera de los mensajes televisivos, fundamentada desde la filosofía moral para que, al final de cuentas, los superhéroes puedan salvar el día.

2. Por otro lado en el análisis hecho en el capítulo II con respecto a la relación entre Batman y la moral podemos observar que por encima de todo, Batman tiene una regla que no rompe bajo ningún pretexto, esa regla es que no tiene que matar, para él matar está mal. Por ejemplo, si Batman hubiera matado al Joker la primera vez que tuvo la ocasión de hacerlo, se habría evitado la muerte de mucha gente inocente, se habría evitado mucho dolor y sufrimiento a la ciudad de Gotham. Pero a este respecto Batman se comporta como un auténtico deontologista, matar está mal, es un acto que está moralmente prohibido independientemente de que las consecuencias del mismo fueran buenas.

Batman se rige por una regla o norma, "no se debe matar", y esa es la esencia de la ética deontológica, las decisiones se siguen de unas normas o reglas que no deben quebrantarse. O dicho de otro modo, existen un conjunto de deberes que hay que cumplir, El deontologismo, en suma, define un conjunto de deberes que hay que cumplir, sean las que sean las consecuencias. Un individuo o una sociedad son justos si respetan los deberes y los derechos correspondientes.

Como se puede apreciar, la ética deontológica pone en un primer plano el deber, es una ética de convicciones que ni se fija ni presta atención a las consecuencias o resultados de las acciones morales. Aquí el ejemplo de Batman vuelve a ser esclarecedor. Él considera un deber alistarse para combatir al crimen, es una decisión moral que él toma porque lo considera un deber. En realidad, él se siente obligado a actuar de esa manera. Es decir, este deber, no es una recomendación o una simple inclinación sino que tiene la fuerza de la necesidad. Para la ética deontológica este deber, este mandato del que no se puede escapar, tiene dos características principales, una que tiene carácter de ley, el imperativo categórico de Kant sería un ejemplo, y otro es que ese deber, ese mandato de necesario cumplimiento, emana de la razón.

Podemos decir que para la deontología existe una ley, la ley moral. La cual es una máxima que vale para todas las personas. Todos deberíamos seguir dicha ley pues la necesidad de hacerlo emana de la razón que es común a todos los seres humanos. Cuando miramos las acciones de Batman no cuesta ver que se rigen, al menos en la mayoría de los casos, por una ética que responde al modelo deontológico. La principal norma de Batman es la máxima de no matar, de hecho, las armas que lleva Batman son bumerangs, un arma claramente no letal. En definitiva, podemos decir que sí, que Batman es un ser –de ficción- que se mueve moralmente a través de la deontología, y esto lo hace un candidato interesante para ser utilizado como un ejemplo para la enseñanza moral en virtud de su actuar en referencia a las situaciones dilemáticas que suelen acontecer en sus numerosas aventuras.

Bibliografía:

- Aristóteles. *Ética nicomaquea*. Buenos Aires. Planeta Agostini, 1995.
- Bauzá, Hugo Francisco. *El mito del héroe: morfología y semántica de la figura heroica*. México. Fondo de cultura económica, 1998.
- Bentham, Jeremy. *Antología*. Barcelona. Península, 1991.
- Berger, Peter y Luckman, Thomas. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu, 1998.
- Cortina, Adela y Martínez, Emilio. *Ética*. Madrid. Akal, 2001
- Eco, Humberto. *Apocalípticos e integrados*. Andrés Boglar (trad.). España. Editorial Lumen, 1984.
- Ferrés, Joan. “Televisión, emoción y educación”. En: *Comunicación-educación: coordinadas, abordajes y travesías*. Carlos Valderrama (ed.). Bogotá. Siglo del hombre, 2000.
- Foot, Philippa. “Moral realism and moral dilemma”. *The Journal of Philosophy* 80, n° 7 (1983): 379-398.
- Kant, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. José Mardomingo (trad.). Barcelona. Ariel, 1996.
- _____. *Metafísica de las costumbres*. Madrid. Tecnos, 1989.
- _____. *Pedagogía*. México. Porrúa, 1987.
- Mead, G. H. *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires. Paidós, 1973.
- Morley, David. *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires. Amorrortu, 1996.
- Nussbaum, Martha. *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires. Katz editores, 2006.
- _____. *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Carlos Gardini (trad.). Barcelona. Andrés Bello, 1997.

- Ortiz Millán, Gustavo. “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?”. en: *Conceptos éticos fundamentales*. Mark Platts (compilador). México. Unam, 2006.
- Platón. *Diálogos (Critón, Fedón, El Banquete, Parménides)*. Buenos aires. Edaf, 2003.
- _____. *República*. Buenos Aires. Losada, 2007.
- Rawls, John. *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*. Andrés de Francisco (trad). Barcelona. Paidós, 2001.
- _____. “El deber y la obligación”. En *Teoría de la justicia*. México. Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Rincón, Omar. “Televisión, video y subjetividad”. en: *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*. Bogotá. Norma, 2002.
- Robichaud, Christopher. “With great power comes great responsibility”. en: *Superheroes and Philosophy. Truth, Justice and the Socratic Way*. Morris Tom and Morris Matt (editors). Illinois. Open Court, 2008.
- Sartori, Giovanni. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. México. Punto de Lectura, 2007.
- Scanlon, Thomas. *Lo que nos debemos los unos a los otros*. Barcelona. Paidós, 2003.
- Simmons, A. John. *Moral principales and political obligations*. Princeton. Princeton University Press, 1979.
- Urmson, J.O. “Santos y héroes ”. en: *Conceptos Morales*. Joel Feinberg (compilador). José Andrés Pérez carballo (trad.). México. Fondo de cultura económica, 1985.
- Williams, Bernard. *Moral Luck*. Cambridge University Press, 1981.